

EN TORNO
DE LA
PRENSA NACIONAL

POR
ALEJANDRO ANDRADE COELLO



QUITO

IMPRESA «ECUADOR»
1937

**EN TORNO
DE LA
PRENSA NACIONAL**

P O R

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

BIBLIOTECA NACIONAL QUITO - ECUADOR
COLECCION GENERAL
Nº. 0038 AÑO. 1988
PRECIO.....DONACION.....



QUITO

0000117-B IMPRENTA «ECUADOR»

1937

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
TEL: 773-936-3000
WWW.CHICAGO.EDU

5110000

EN TORNO DE LA PRENSA NACIONAL

Antes de tratar— como visión de conjunto— de los vicios y virtudes de la prensa ecuatoriana, que refleja el pensamiento nacional y el progreso de los pueblos que integran la república, apunto algunas normas del periodista moderno, sus bases éticas, su credo moral.

Viene en seguida un análisis, a grandes rasgos, de la psicología de la prensa que sale del pueblo y al pueblo impresiona.

Por último, enumero algunas publicaciones periódicas, preferentemente las quiteñas en el siglo décimonono y principios del vigésimo, a propósito de la conmemoración del cuarto de siglo de vida del decano del diario de la Capital de la República. (*)

(*) *Ahora «El Comercio» pasa de los treinta años de existencia. Excede ya de los once mil números y ha aumentado los servicios y páginas de sus ediciones. Algunas extraordinarias han completado más de setent, profusamente ilustradas, como la conmemorativa del número diez mil, la de la erección del monumento al Libertador, la del 1º de Enero de 1.936, etc.*

Para estimular al periodista ecuatoriano se pensó en su jubilación (*)

El proyecto trataba de favorecer con una pensión vitalicia a los soldados de la pluma que se habían mantenido firmes en la brecha, con lealtad, valor y constancia, encaminando la opinión pública y educando al pueblo.

Viene al caso recordar lo que un gran profesional del diarismo dijo acerca de los luchadores en la prensa de España, la noble nación que está pasando por tan sangrientas vicisitudes con la revolución que ha removido desde sus cimientos la tranquilidad de un pueblo con el que por tantas y por tan poderosas razones estamos ligados. Se refería a los insignes periodistas Miguel Moya y Torcuato Luca de Tena que, además de sus prendas intelectuales, reunieron cualidades morales de vi-

(*) *El proyecto fue patrocinado, en 1.936, por el señor don Jerónimo Avilés Aguirre, cuando desempeñaba la cartera de Hacienda. Se nombró una comisión que sentase las bases de la jubilación y señalara las rentas. El informe de los señores comisionados fue razonable y convincente. Dijose que estaba en estudio de la Jefatura Suprema. Corren los días y ahí va quedándose el proyecto que boga por la justicia de los que desgastan su cerebro en una tarea tan ardua y tan cotidianamente sostenida.*

so, inclusive los del patriotismo y espíritu de sacrificio. Ellos estuvieron adornados, cual con guirnalda que resplandecía en sus sienes, con «la serena energía y el bondadoso perdón». Afirman que para ellos «no hubo amanecer sin preocupaciones ni atardecer sin amargura».

Don Manuel Aznar traza la valía de esas dos figuras, dibujando sus rasgos físicos, con pinceladas breves, al par que su etopeya, y comenta esta frase luminosa que tanta influencia alcanza en la marcha cultural de las naciones: «Dadme, en la vida política y social de un país, un gran periodismo, y lo demás os será dado como la añadidura evangélica».

Si los periodistas de escuela van a ser jubilados, obteniendo un estímulo práctico para los días de su vejez, surge la dificultad de la calificación entre nosotros, porque, en la generalidad de las veces, el periodismo ha sido flor de un día, en el océano de publicaciones que han aparecido para no prevalecer ni un año, ni un semestre siquiera. Vinieron a la vida con grandes arrestos, con aparatos colosales, como el parto de los montes; pero la realidad escribió que todo era bambolla, que asomaba la figurilla del *ridiculus mus*.

Pocas han sido las empresas y contadas las plumas que continuaron infatigables en la agotadora labor diaria, hasta constituirse en periodistas de escuela, forma-

dos en la práctica, perfeccionados con la experiencia, a-
leccionadora y sabia, a través de los años.

Para don Manuel Aznar el buen periodismo, con
timbre de orgullo nacional, vale tanto o tal vez más que
poseer «una excelente universidad, una magistratura per-
fecta, un poderoso ejército». Y lo comprueba de este
modo:

«Porque de la prensa pueden salir las excelencias
de estas otras instituciones, si los periodistas cumplen
con su deber y, sobre todo, si la sociedad entiende la
misión de los periodistas.

«¿Qué significan los periódicos como baluarte de
toda una Historia, de una tradición entera, de un pasa-
do esplendoroso; y qué representan como posibilidad de
un luminoso porvenir?

«No es que los periodistas estemos libres de peca-
do; porque si el justo peca siete veces al día, es posible
que nosotros pequemos setenta veces siete. Estamos de-
dicados a una de las artes más difíciles. Se nos exige
a todas horas acierto y se nos regatean los medios de a-
certar: se nos quiere perfectos, pero nadie nos ayuda en
el camino de la perfección; aquéllos mismos que más
honra y provecho reciben de nuestras obras, nos suelen
envolver en un riguroso círculo de incomprensión y des-
denes. Todos los que hemos recorrido esta larga y cansa-

da vía periodística, tenemos que hacer, de vez en cuando, un alto en la marcha, no sólo para reparar fuerzas y equilibrar fatigas, sino para vencer al desaliento que nos invita a elegir rutas más fáciles y menos pedregosas.

«A un periodista consciente de su responsabilidad no se le ocurrirá nunca sustituir a un ingeniero, reemplazar a un médico, tomar la plaza de un artífice, erigirse en magistrado público: en cambio, magistrados, artífices, médicos o ingenieros nos desalojan audaces, irresponsables, de nuestro afán. A veces, cualquier aventurerillo hace ademán de periodista; y es de ver la insolencia con que pone manos heréticas en lo que no entiende ni ha de entender jamás».

Quito, a 1° de Enero de 1.937.

EN TORNO DEL PERIODISMO

NORMAS ETICAS

En ningún tiempo como el actual, tumultuoso y lleno de incertidumbre, que va perdiendo la fe en los grandes hechos, santos y heroicos, se necesita recalcar las normas éticas del verdadero periodista que enciende su antorcha para alumbrar senderos de moral, oscurecidos por vicios populares, tortuosos por falta de sanción. Si la prensa es vehículo de cultura, garantía de orden y reflejo de renovada civilización, ha de proceder hidalga y honradamente, propendiendo a que se eleven los corazones, cual si entonasen un himno de esperanza, trabajando por la unidad nacional, por la grandeza de la patria y el generoso acercamiento de la familia humana.

Si la historia, que recoge las acciones terrenas, ha de entrar en la psicología del diario, palpará que su ética rechaza la noticia dudosa y le aconseja conducirse a las derechas, sintiendo sólo las palpitations de la moral social y del espíritu público.

Partidario absoluto, franco y leal, de la libertad de imprenta, la he defendido con calor, pero contemplo, con amargura, que a la sombra de tan excelente y racional garantía, se han cabado muchas tumbas: morales y físicas.

El atildado escritor José Manuel Quirós, como fru-

to de su amplia cultura y experiencia, ha trazado varias normas del verdadero periodista. He aquí las principales:

•Esmerada preparación requiere todo magisterio; y el de la prensa— más universal, complejo y de mayor responsabilidad—debería exigir en los escritores honradez a toda prueba y sólida formación científica y literaria.

La prudencia aconseja a los jóvenes y a los principiantes que se sometan al aprendizaje privado, bajo la dirección de experimentados maestros, antes de lanzar al público sus ensayos. Y en general, para todo escritor, es preferible la censura previa de amigos discretos e imparciales, a la sonrisa despectiva o reprobación ruidosa de la sociedad.

La cultura exige del periodista mucho tacto social que se traduzca en verdadera caridad cristiana, amor patrio desinteresado, oportunidad respetuosa y delicadeza suma cuando se hayan de trazar asuntos que contrarían opiniones o costumbres establecidas.

Creo que entre las prendas morales de un escritor no es la última la veracidad, la desencia y el patriotismo.

Jamás hemos de cometer la vulgaridad de echar en cara a un hombre público— para combtirle—sus pasados extravíos, sus faltas meramente privadas, su deformidad

corpórea o su linaje oscuro.

El fin no justifica los medios; no intentemos, por tanto esgrimir armas prohibidas— el dolo, la calumnia, etc., — para sostener los fueros de la verdad o de la religión. En lugar de acreditarlas, comprometemos así torpemente las mejores causas.

En toda polémica es preciso revestirnos de hidalguía con nuestros contendores, evitando lo que pueda zaherirlos o mortificarlos razonablemente. Los escritores tienen derecho para esclarecer la verdad; pero no para desahogar pasiones rastreras, ni para exhibir o fomentar odios personales.

Algunos periodistas olvidan que, cuando las maneras son incultas o el estilo es apasionado e hiriente, las polémicas encastillan al adversario y le hacen irreducible. Bien dijo un escritor sagrado que, aun para cazar moscas, era eficaz una gota de miel que muchos cántaros de hiel.

La correspondencia epistolar y los escritos privados no pueden publicarse sin autorización de sus dueños o firmantes. El periodista a quien van dirigidos cartas o escritos de carácter privado, no pueden reproducirlos sin violación de la ley, y de la urbanidad.»

Es, por lo tanto, muy conveniente que en nuestra correspondencia con los escritores de oficio les expresemos

claramente nuestra reserva o les demos amplias facultades para publicar nuestras comunicaciones o cartas.

No esquivemos la responsabilidad que nos corresponde en la prensa, y si la dirección del periódico no respalda nuestros artículos, pongamos la clara firma al pie o el pseudónimo conocido por algunas personas. Ningún autor debe avergonzarse de lo que escribe; pero no tengamos la cobardía de tirar la piedra y esconder la mano.

Por lo demás, el escritor atildado tiene que recordar todo lo que exige la urbanidad en las conversaciones, en las cartas y en el trato social. Su estilo debe ser correcto, su lenguaje caballeroso, y todo su artículo debe respirar elevación, dignidad y modestia.

EL VERDADERO PERIODISTA

—Este hombre múltiple, enciclopedia viviente, se anda por el mundo derramando los tesoros de su cerebro, husmeándolo todo, transmitiendo su saber y las impresiones que a diario reciben el kaleidoscopio de su mente y el resonador de su alma. Por algo se ha repetido que es sacerdocio el verdadero periodismo, moralizador e instructivo.

De la influencia del papel impreso está hablando la historia del mundo, a través de los siglos. Sus campañas han preparado los grandes acontecimientos históricos.



sos, artísticos, científicos, políticos y sociales.

Conocí a un periodista excelso que viajó a través del continente americano. Un buen día apareció, pobre y desamparado, con el componedor y la pluma en la mano, en Santiago de Chile, como en años anteriores el entonces obscuro Rubén Darío. Pronto su talento se impuso. De cajista pasó a redactor de un gran diario. Las columnas del célebre periódico de los hermanos Irrázabal Zañartu, «La Tarde», registraba las eruditas aco-taciones del periodista insigne que se ocultaba tras el seudónimo de *Revistero*. Cotidianamente, largas y amenas galeras de apretada letra ilustraban los sucesos mundiales, poniendo la aclaración oportuna y el comentario histórico a lo que el hilo telegráfico transmitía.

Aquel mago de la prensa se llamó Juan Coronel. También dió muestras de orador fogoso.

Niño era cuando asistí al Atenco de Santiago a escuchar su palabra audaz, cálida, revolucionaria, férvida cuando desgranaba rosas y respetos a la mujer. Lleno de curiosidad, hipnotizado por su elocuencia, me apoyaba en la punta de los pies, en el anhelo de crecer un poco más y seguir los cambiantes de la fisonomía simiesca del conferencista. Don Juan Coronel era feo como Esopo: pálido, mejor dicho amarillo, desencajado, labios prominentes, cara mongólica, ojos rasgados, pómulos salientes,

piernas retorcidas, hombros alzados, un remedo de Cua-simodo y un insulto a Adonis.

¡Pero qué clara inteligencia de hombre!

La prensa de la capital chilena le envió de su representante a México en fecha solemne. Cuando se le llamara cablegráficamente a Colombia, por haber sido nombrado funcionario público de alta categoría, creo que Ministro de Estado, se dijo que la súbita impresión le trastornó el juicio. Como su constitución era muy raquítica, de la fofa madera que aniquilan los bacilos de Koch, se agregó que había muerto en un manicomio de su patria.

Dejó el ejemplo de cómo debe conducirse el periodista ético y de acción: siguiendo la inflexible línea recta, proclamando siempre la verdad, mostrándose honrado y valiente, lo mismo en el infortunio que en la abundancia, trabajando sin descanso hasta que sobrevenga la noche eterna.

¡Y qué pulcritud de lenguaje usó en todo momento don Juan Coronel! Nunca su pluma dibujó un insulto. Fue el legítimo caballero de guante blanco, en el periodismo de América. Vertió luz deslumbradora y se mostró como avanzado pedagogo del pueblo.

CLARIDAD Y SINCERIDAD

¿Qué afán mejor que ser entendido y creído por el mayor número de lectores?

El periódico «La América Latina», que se publica en París y del que es jefe de redacción el conocido literato uruguayo don Hugo D. Barbagelata, sometió a los escritores y colegas del Nuevo Mundo, por sugerencia del filósofo costarricense don Moisés Vincenzi, tres preguntas como encuesta de actualidad, dignas de recogerse en la prensa.

¿Qué escuelas cree que caracterizan mejor el modernismo artístico?

Son tantas las escuelas que han surgido en el afán de renovación espiritual que los *ismos* están desacreditados. El anhelo de distinguirse vuelve nebuloso el pensamiento; amontona no pocas rarezas y se siente víctima de los caprichos. La tentativa de originalidad, ha hecho recorrer todos los caminos, inclusive las callejas y reductos.

Justa aspiración es querer ir a la vanguardia, sorprendiendo la hermosura de las cosas. La sed de novedades es insaciable. Pero, honradamente, creo que cualquier sendero lleva a Roma, siempre que en la interpretación de la belleza se gaste mucha sinceridad y se expongan las cosas claramente, sean pensamientos, sean imágenes, sean personificaciones. Ser sincero y transparente, de modo que el mayor número le admire, es la aspiración del artista supremo. Cualquier cenáculo de arte, se bautice con el más peregrino mote, cumplirá el

noble objeto y caracterizará mejor la belleza, si brota de lo íntimo del alma, a la luz meridiana. Lo antiguo y lo moderno no parecen estar reñidos, si en el fondo coinciden en sinceridad, si al fin disipan sombras.

¿Qué posición atribuye Ud. a los autores clásicos en frente del modernismo artístico?, es la segunda interrogación.

La posición serena del que contempla el vértigo, la teoría arrebatadora de las innovaciones en el sucederse de los siglos que no ha alterado en nada el Partenón de belleza, la cultura greco-romana que no faltan quienes desprecien, porque no la conocen a fondo. Si se la estudia a conciencia, se verá ya que los augustos maestros avanzaron en la concepción artística cuanto, por la incomprensión, no se imaginan los que no saludaron esas eternas humanidades: la sencillez sublime. ¿Ha podido ser superada una obra de Fidias?

¿Quién ha logrado opacar el fulgor de la Novena Sinfonía? ¿Qué tragedias son superiores a las esquilianas? ¿Qué dramas a los de Shakespeare?

Los autores clásicos están en la cima. Desde ella miran pasar a la humanidad. Saludan a sus hermanos de arte, a todos los que se hacen comprender y consiguen emocionar. La serenidad les libra de participar de la general locura, sin que por esto dejen de aplau-

dir lo que auténticamente es bello, venga de cualquier campamento. La vistosa y perfumada flor nos agrada. No nos ponemos antes a pensar el jardín en que se cultivó. Si la curiosidad es santa, lo es más la realidad divina del arte que entra por los ojos y va derechamente al corazón, sin tropezar en las tinieblas.

¿Qué actitud aconsejaría Ud. a los jóvenes de Hispanoamérica frente de las escuelas modernistas?

Una actitud ecuánime, que revele tolerancia y preparación. Si el ensayo, hondo y constante, nos capacita para comprender, hemos de revelar que tenemos base cultural. La actitud del sediento es, como Tántalo, alargar el cuello ante la linfa pura.

Los jóvenes están requiriendo sólido entrenamiento, como hoy se dice. La sabiduría ha de ser la consejera, no el espíritu de novedad. Muchas veces, por la vanidad de la moda, hay la cobardía de admitir lo que en el fondo no nos gusta. Seguimos las corrientes de inconsciencia que son poderosas como los torrentes.

La actitud del análisis, la actitud del estudio conviene a los jóvenes, para que prueben que si acogen tal o cual escuela es con profunda convicción, después de haber recorrido los países del arte y contemplado los infinitos horizontes de la belleza. Y sobre todo, que no abandonen el ideal. Arte sin ideales es flor de trapo.

El poeta del día es agitador de multitudes. Los problemas sociales han de hacer vibrar su lira. Tal debería ser el voraz fuego y la rebelde musa que cantó el inmortal Olmedo. Los poetas son los propulsores de la acción. Los sueños ejecutan más que muchas realidades, con paradójica y todo, según ya lo dijo Unamuno.

La actitud de los jóvenes ha de ser el acatamiento a los que nos enseñan a sentir y a soñar. Viene a la memoria este episodio. Modestamente lo narra un periodista que se oculta tras el seudónimo de Mario Flores. Se intitula «La muerte del poeta».

«Esto pasó en una gran ciudad. En una ciudad magnífica, poderosa y egoísta, como lo son todas las grandes ciudades del mundo.

«En una callejuela, que era el único camino a la necrópolis, desembarcaron dos cortejos fúnebres.

El primero era suntuoso. Cuatro parejas de bellas bestias negras, enjaezadas con arneses blancos, arrastraban una carroza monumental que tenía las iniciales del difunto en oro, prendidas a los crespones de las cortinas. De las cuatro esquinas y de la cruz de su cúpula, colgaban grandes coronas y costosas flores.

Detrás venía el cortejo de carruajes, que se esfumaba en la lejanía, como la cola de un gran gusano negro.

El otro era un carro deslucido, chirriante, arrastrado por famélicos caballos. No tenía iniciales, ni cortinas, ni coronas. Sobre el cajón de ordinaria madera, alguna mano humilde había dejado caer un puñado de violetas. Tras del carro marchaba un grupo mal entrasado de hombres pálidos, de barba creciente, de mejillas hundidas y ojos encencidos por la fiebre. En medio de ellos, sostenida amorosamente por todos, una mujer llorosa y bella. Un espectador preguntó:

—¿Quién es el muerto que llevan en esa carroza?

—Fue un general. Actuó en mil batallas. Un nuevo Atila. A su paso se levantan las llamaradas del incendio y el clamor del odio. Los pueblos le temían y le admiraban, la ciudad le levantará un gran monumento.

—¿Y aquél otro?

—¿Ese? Fue nada más que un poeta. Cantó al amor y a la paz. Fue amigo de los humildes, de los que sufren, hermano de los desheredados. ¡Un mendigo!

—Y el general y el poeta, el uno con muchos discursos, el otro con muchas lágrimas silenciosas, fueron dejados en la última morada.

Transcurrieron los años. El general tuvo su estatua, pero la multitud pasaba indiferente ante ella, sin mirar siquiera, sin tener para el terrible guerrero muerto un pensamiento tierno, ni una mirada cariñosa y en la necrópo-

jis el soberbio mausoleo que contenía sus cenizas, por nadie era visitado, ni nadie iba a colocar flores frescas en los floreros de fino cristal. En cambio, en el cenotafio de tierra donde descansaba el poeta bajo una lápida de mármol, nunca faltaron las humildes violetas y aunque no tenía estatua en la ciudad, todas las madres hacían repetir a sus hijos sus bellas palabras de paz y todos los enamorados leían en voz queda, bajo la luz de la luna, dulces estrofas de amor».

Los jóvenes de la América hispana, ante las múltiples escuelas literarias, han de tomar la actitud de los que van a deshojar frescas flores sobre la tumba de los poetas auténticos, llámense pintores, escultores o artistas de la palabra. No han de erigir monumentos en el alcázar interior a cualquier déspota de la moda, a cualquier Atila del sentido común y del buen gusto.

LA FILOSOFIA DEL ANUNCIO

El periódico no puede sostenerse sin esta amplia cooperación. Es empresa de cultura que requiere gastos cuantiosos y la ayuda de muchos elementos. Al mismo tiempo, la prensa, acogiendo los anuncios, presta innegables y valiosos servicios a la industria y riqueza del país, al movimiento marcantil del mundo.

Leí en la semanal y hermosa revista colombiana

«Tierra Nativa», las resoluciones que adoptaron los más grandes anunciadores de los Estados Unidos para obtener mejor éxito en los avisos que publican en los periódicos. La práctica les ha dictado algunas reformas que podría llamar «la filosofía del anuncio».

Reunidos en el Hotel Astor, de Nueva York, los miembros del Club de Anunciadores de dicha metrópoli comercial, después de festejar cordialmente el acto, manifestaron que el año último habían invertido 860 millones de dólares en sólo anuncios en tierra norteamericana. No les pareció enorme la suma y añadieron que el 90 por ciento del gasto se refería a publicaciones por la prensa

Pero para que el público no se fastidie con la insistencia del anuncio, observó el jefe del departamento de publicidad de la Casa Macy, es preciso suprimir los adjetivos pomposos al ofrecer las mercancías. Sobre todo cuando éstas no merezcan la pena, se debe ahorrar el calificativo exagerado, "porque hay que tener en cuenta que a una persona se puede sorprender por una sola vez y no dos".

Eliminados los epítetos, que suelen ser tan comunes, sobre todo en el «réclame» de específicos que son la panacea universal, que curan todos los males, el orador agregó] que el anuncio ha de ser corto, de manera que atraiga, que incite a la lectura hasta a los que no tienen

costumbre de revisar la sección de anuncios. Provocados de este modo, hallan en los avisos muchas cosas que necesitan y no sabían dónde adquirirlas, muchas sugerencias que no se les había ocurrido.

País que no aprecia el anuncio como se merece da elocuentes señales de que va a paso de tortuga en su desenvolvimiento. Muchos extranjeros triunfan rápidamente por la propaganda que hacen de sus artículos. Elocuente confirmación de lo dicho es el progreso visible, inmenso, abrumador de la prensa de los Estados Unidos y de la Argentina. Los anuncios dan para muchos adelantos, que jamás son desembolsos infructuosos.

Por esto, en los Estados Unidos hay una revista que cobra catorce mil dólares anuales por un solo aviso en la parte posterior de la cubierta o sea en la página final.

Tiene razón "Tierra Nativa" cuando escribe este aforismo: "Sin anuncio, toda actividad muere".

Continuando con la filosofía del anuncio, es preciso no desperdiciar este último consejo:

"Otra cosa muy importante, por cierto, terminó diciendo el veterano jefe de propagandá, es la de hacer los avisos más alegres, no sólo en su presentación sino en su leyenda. Una frase amable, una palabra guasona, una redacción sencilla, sana y animada, es lo principal".



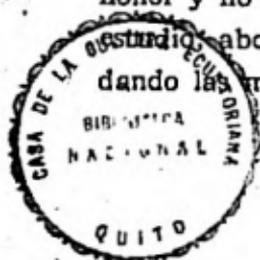
Así el aviso será lo que debe ser, es decir, dará a los que lo sostienen un ciento por ciento en mejores resultados.

Como todo es cuestión de cultura, los pueblos avanzados que leen periódicos como vital necesidad de cada día, han llegado a suprimir lo que entre nosotros llamamos baratillos, aquellas hojas volantes o sueltas que nada de práctico tienen, por cuanto se sustraen de la curiosidad periodística, que es la que incita vivamente.

Para fomentar la lectura de diarios, hasta se han prohibido sabiamente aquellas publicaciones *sui generis* tan desviadas del camino de la prensa.

EL CRONISTA MODELO

La juventud que combate en los campos de la prensa, sin perjuicio de ser amena y deleitar a los lectores, empuña la razón como espada flamígera y cual loriga el bien esplendoroso. Construya, no destruya. La legión macedónica que salvará a los pueblos del naufragio de sus creencias, buenas costumbres y tradiciones, tan sólo es esa juventud del periodismo nuevo educada en la escuela del honor y no del agio, que se encamina al santuario del estudio, abominando improvisaciones y ligerezas, ahondando las materias a conciencia, en pos siempre de la



verdad, de toda santa redención prelude, sincera hasta el sacrificio.

Para el periodista de vocación, guía de las multitudes, el insulto es arma cobarde y la mentira cosa ruin. Contradecirse sin razonamientos, contradecirse por capricho, por *tic* nervioso, no es de acerados varones que de la pluma fundieron una cruz de honor. Se puede cambiar de conceptos, enmendar opiniones, decir lo contrario de lo que ayer se afirmó: pero sólo cuando la noble rectificación es hija de profundo análisis, de investigación más prolijo, de convicción reformada por la lógica. Entonces, confesar el error es un deber: la declaratoria de este deber nos engrandece. Pero ahogar, por precipitación, por odio, por soberbia, por escandalosa comezón, la chispa de la justicia que no debiera morir en nuestras almas, sino fulgir como incendio purificador, como luz bendecida, compañera del mortal hasta la huesa, no es presentarse como heraldo de la opinión pública, por talento que se derroche.

¿De qué sirven las prácticas viciosas y desorientadoras? Culto de fetiches, ceremonia externa, adulo a caudillos y colosos, no es labor edificante. El periodista se dirige a los humildes, recoge sus penas, enmienda sus dolores, enciende en ellos la esperanza. Nada son las manifestaciones ampulosas y los raudales oratorios, el palique vacío, que fluyen amenos, si en el pecho lleva-

mos intenciones cual llamas del infierno, sed de venganza y hambre pasional.

Periodismo es religión pura y sincera. El sentimiento religioso en uno: hagamos que se eleve a regiones de luz, para consuelo de tantos que se arrastran por el fango, invocando, al tramonto de su vida de angustias y de duelo, una limosna de piedad en nombre de la cultura que tanto escarnecieron.

Que caiga del amor la bendecida lluvia y refresque a todos con largueza: al infeliz que en sus horrendas noches siente que le agobia la desgracia y la ignorancia; al valiente proscrito que peleó por las libertades públicas, al mártir de la ley, al político honrado que mira esfumarse en la indiferencia la sombra del ideal, al huérfano del saber, a todo el que buscó al infortunio como constante colega, al más fiel en su vida de suplicio y único testigo de sus sollozos. Para todos el periodista vierte su bálsamo; para todos realiza obra positiva, edifica, narra deleitablemente, soluciona problemas sociales, sigue como artista la crónica universal, cimenta crecidos de belleza.

Pasaron ya los cronistas demoleedores, cortados a la antigua, rencorosos y arañadores de honras. Los modernos cronistas son filósofos. De la pequeñez de las cosas diarias están componiendo lecciones admirables. El cronista de hoy es muy humano, como aquel ilustre es-

pañol Antonio Zozaya, que busca humildes y serenos cauces, enseña y consuela a las multitudes.

PROPAGANDA CIVICA

Soy partidario del principio ético y patriótico de fomentar en los pueblos el amor a sus genios, a las glorias nacionales; pero más saludable es tratar de imitar sus nobles ejemplos y no vivir únicamente del orgullo del pasado. Desde este punto de vista, la doctrina médica que considera a los degenerados superiores y con frialdad biológica examina psicosis y neurosis de los hombres excelentes. tiene vulgarmente sus inconvenientes.

Robustecen los pueblos su alma tradicional y su civismo cuando levantan en su corazón, en su hogar, en las plazas públicas altares a sus ídolos. Esto fortifica el espíritu de cuerpo; esto retesa el sentimiento patrio, la moral y la tradición, que frescos han de estar conservándose en la memoria, por el culto de la gratitud y del recuerdo.

Viniera bien aquí la sugerencia del filósofo burlón: de no existir esos astros mayores, habría que inventarlos.

Pero tengámoslos dignos de las generaciones, como trasunto de elevación, no de caídas. Los romanos quisieron con fanatismo a Julio César; la América ama ha s

ta el delirio a Bolívar; el Ecuador libre— la juventud— ha de ensalzar a Mejía, Espejo, Olmedo, Montalvo, Alfaró, etc. ¡Sublime culto!

Cuando la virtud surge en alguna de sus fases— en la del carácter sobre todo— nos ha de enamorar. El talento sin carácter, sin dignidad, sin pudor, es cristal que está pasando inadvertido entre el sucio natrón. La impronta que el pueblo modela no siempre es perfecta. Muere alguna persona: ahí el derroche de epítetos ridículos por lo altisonantes.

Falleció en una comarca del Nuevo Mundo un bardo de tristísima vida por sus actos indignos, por sus *chantages*: la plebe de ciertos periódicos le llamó immaculado, noble, portento. A lo más, en su tumba, por piedad, debió figurar el dístico amargo que se lee en la del poeta Pérez Bonalde:

«Envidia ¡oh mortales!
al poeta infeliz, después de muerto!»

UNIDAD DE ACCION

Toda labor intelectual— y el periodismo que es cátedra, con suma de motivos— emana de un sujeto cognoscente y de un objeto cognoscible, aun cuando, en apariencia, se confundan a veces.

Suposiciones y prejuicios, desechando están, no só-

lo la ciencia, sino la honradez. El periodismo tal como antes— con pocas excepciones— se estilaba en el Ecuador, fue, no obstante sus esfuerzos, tarea literaria sin preparación, sujeta a los antojos del que se arrogaba el pomposo título de periodista, fundando su sabiduría sobre conjeturas. No ha faltado algún diario que dé acogida, en sección singularísima, una con este título: *se dice*. Y el «se dice», ha sido fundamento a veces para notas políticas y artículos de fondo, ¡Triste modo de dar por sentada una cosa que se halla en el aire!

El procedimiento ha tenido sus maestros.....

La genuina obra literaria, se familiariza con los hechos afectivos, representativos y volitivos, según que predominen en ella la sensibilidad, la inteligencia y la libertad de acción. Las fuentes del placer o del dolor, de la representación y de la independencia volitiva, en una palabra, la expresión del yo, que a esto se reduce, en la unidad anímica, cualquiera exteriorización de sus estados, cooperan para la realización de un mismo destino, como los radios que van a juntarse en el centro de la circunferencia, como las piezas de una máquina que colaboran a sus fines y movimiento. Abundan los ejemplos de esta concentración de partes en el gran todo de la naturaleza. Unidad de acción es la armonía universal.

El periodismo, que es cósmopolis, que es univer-

so; tenga libertad de acción, armonía de ideales. Ideas dispersas, críticas de aquí y allá, opiniones encontradas, cabos sueltos a nada conducen. El periodista debe mirarlo todo desde un solo punto de vista, alto y noble.

Esto le faltó al inolvidable Calle. Fue un cerebro multiforme, privilegiado; pero sin unidad de acción, sin encumbrado objetivo moral, sin un centro ético, fijo en esferas superiores. Valió mucho, sugestionó, pero no se detuvo a inquirir con paciencia y recapacitar maduramente. Fue una corriente que arrebató; pocas veces un lago tranquilo en el que se retrata el cielo. Su corazón fluctuó, violenta, fugazmente, entre el amor y el odio.

LOS INTERPRETES DE LA NATURALEZA

Influída por variadísimos hechos, esta unidad sintética que llamamos criatura racional, es motivo de numerosos y prolijos estudios, no siendo el menor el literario, que reflejando está el adelanto de la conciencia individual y colectiva, el grado de refinamiento de la nación y de sus componentes.

El alma, considerada en aislado centro en el conglomerado social, obedece a un motor consciente. ¿No sucede lo mismo, al fin y al cabo, con las letras? ¿No es la psicología su base? ¿No es la razón la domeñado-

ra? Quien al público se dirige por la prensa, no ignore la responsabilidad de estos factores. El literato se propone causar emoción, transmitir la suya a los lectores, y el literato — periodista con mayor lógica, desde que orienta a las masas.

Como cada día anhela darse explicación de todo, la moderna literatura— inclusive el periodismo ilustrado — al igual de las demás ciencias, tiende, no sólo a ahondar los hechos, deducir leyes y hablar bellamente de ellos o describirlos, sino a ser justiciero, ecuánime, decente, conociendo a conciencia el cimiento de aquellos mismos hechos, su comprobación palmaria.

¡ Sirviéndome de una frase de Bacón, los literatos del porvenir serán "los intérpretes de la naturaleza".

La literatura agita vivamente los estados del alma y ennoblece su estudio, bebiendo en las fuentes de la Filosofía y su congénere la Psicología, en la Fisiología y sus hermanas las Ciencias Naturales y Biológicas. Lo demás, la crónica barnizada, es verba gárrula, humo.

ESCUELA DEL PERIODISMO

Se habla de una escuela del periodismo. Fundamental es someterse a tal noviciado. Los diarios serios se han conquistado lauros por la calidad de sus periodistas, encanecidos en el estudio del corazón humano, enci-

clopedias vivientes, rápidos forjadores del lenguaje pulcro que enseña al pueblo a expresarse correctamente, convencidos de que vigilar la pureza del idioma nativo es obra de patriotismo y de autonomía nacional.

La escuela del periodismo es la vida; pero conviene prepararnos en cursos teóricos que nos encaminen a la práctica. Han de comprender éstos, sobre esmerada disciplina, un aprendizaje de fondo y forma: el primero, moral, honrado, decente; el segundo, de pulcritud de estilo, de frecuencia gramatical y de respeto al idioma nativo, que propagarlo y cuidarlo es obra patriótica.

Existen asociaciones de la prensa, círculos de cronistas, reporteros, etc. Ha habido congresos internacionales de periodistas, en los que se han formulado proposiciones éticas, acuerdos de carácter universal, votos generales y resoluciones que tienden, tanto al mejoramiento de la institución, como del profesional.

En el Ecuador se empezó a dictar nociones de periodismo desde el año 1912, en el colegio nacional «Mejía», de Quito, y después en algunos establecimientos de enseñanza secundaria* (*)

(*) Véase el texto «Nociones de Literatura General» de A. A. C. — primera edición— Quito, 1.912, en el que el capítulo XX trata del periodismo, de su influencia en la vida actual, etc.

EL PERIODISMO NACIONAL

VISION DE CONJUNTO

Más de un siglo de periodismo nacional, permite conocer sus características, que retratan la evolución intelectual ecuatoriana, si se ha de convenir en el trillado principio de que la prensa es el alma de la cultura de un pueblo.

Como en toda demostración afectiva y cerebral, abundan, más que las virtudes, los defectos. El tiempo se encarga de ponerlos a la faz meridiana.

La visión es de conjunto. No me detendré a citar centenares de nombres de publicaciones, porque sería engolfarme en un océano de papel impreso, en una selva de periódicos que, como otras tantas flores de espino, volaron al viento, se disiparon en el espacio de una semana, y tal vez al otro día de haber visto la luz pública.

En el periodismo, hemos de distinguir las revistas—de factura reposada y con tendencias ya científicas, ya literarias, ya artísticas—, de los periódicos netamente políticos e informativos, muchos de los cuales aparecieron hoy, para ser olvidados, mañana irremediamente.

Quizá pertenecen al género de revista por entregas las magnas publicaciones de Montalvo como «El Cosmopolita», que trataba de todo y magistralmente, como

los tomitos de «El Espectador» y otros.

Obras impresas y de elaboración periódica, como "El Iris", "El Pichincha", "La Revista Ecuatoriana", "El Fígaro", "Guayaquil Artístico", "La Ilustración Ecuatoriana", "Albores Literarios", órgano de la Sociedad Cervantes; como "Vida Intelectual" y "La Idea" que destacan las literarias labores del Colegio Mejía; "Vejece y Novedades", "Revista Nacional". "Hoy", "América" magna y continental labor que cumplió diez años de triunfal vida, lo que es asombroso en el periodismo ecuatoriano, etc., pertenecen a distinta y más noble clase, de la que no es mi ánimo tratar. Tampoco de los "boletines" que sostienen algunas instituciones, entre ellos el de la Universidad Central: sus antiguos y enciclopédicos "Anales"; el "Boletín del Instituto Nacional Mejía", publicación oficial del plantel que ha dado bellos frutos como "Inquietud" y otros ensayos; la "Ilustración Militar", "El Ejército", de copioso material técnico e histórico, que merecería capítulo aparte por la misión americanista, bolivariana y cultural que realizara, etc. ✧

Tomo en cuenta únicamente lo que más se acerca al diario, los bisemanarios, hebdomadarios y hasta las hojas quincenales: los que se dicen eventuales, que se dieron a la estampa con particulares fines, como los electorales, o atacar y defender puntos determinados, hombres y cosas de tal o cual círculo, y hasta saciar venganzas.

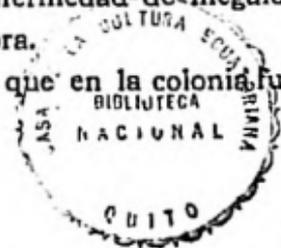
Si en algunas ciudades de la República como Qui-

to y Guayaquil existen a la conclusión del siglo XIX diarios ya establecidos, el diarismo no se generaliza y consolida sino en el siglo vigésimo. Portoviejo, Bahía de Caráquez, Riobamba, Cuenca, Esmeraldas, Ibarra, Ambato sólo en esta centuria han cultivado aquella clase de representaciones espirituales.

También debo distinguir lo que se ha dado en la flor de llamar prensa grande, para diferenciarla, sin duda, de la chica, no sólo por la amplitud o reducción del formato, según los casos, sino preferentemente por la categoría de los ideales y la mesura y limpieza de los procedimientos. La una, generalmente seria y comprensiva; la otra, juguetona, hiriente y apasionada. La injusticia y el odio han inspirado millares de hojas impresas que fueron, por fortuna, relámpagos fugaces.

De época en época se ha sentido cierta regresión en una parte de la prensa que se consideraba seria. Las pasiones políticas han vencido al periodista ecuánime, cuando las campañas personalistas arrojaron. No siempre supieron ajustarse a las normas de respeto mutuo y del espíritu caballeresco. Terribles ciertos combates por la prensa, como riña de bárbaros. Cuando no imperaron decencia, probidad, ni disciplina, los estragos que causara el periodismo fueron infinitos; enfermedad de megalomanía, males de oposición calculadora.

Cítanse periódicos— como el que en la colonia fue



primicia cultural de Espejo, como el que en la república significó explosión liberal de Quito, robustecida por Hall, Pedro Moncayo y sus patriotas compañeros— que prestaron servicios a la civilización de un pueblo.

Analizaré, en términos impersonales y a grandes pinceladas, las deficiencias del periodismo ecuatoriano. Como acto de probidad, cumple fijar excepciones merecidas, cada vez que la amarga verdad, saludable desde luego, denuncie incorrecciones.

PERIODISMO DE ESCANDALO

La literatura no es sino la manifestación de un estado social, ha dicho el culto escritor Antuña. Esto se demuestra con claridad al estudiar las corrientes ideológicas que circulan por el mundo en vísperas de grandes acontecimientos colectivos, o pasadas las catástrofes sociales. Examínese la índole de las publicaciones de la pre y de la post-guerra europea, y se conocerán sus tendencias literarias.

En América, la literatura del tiempo de Rosas contenía laudatorias al tirano. Así ha sucedido también con la de los turiferarios de Estrada Cabrera y Leguía. Sólo algún raro temperamento como Mármol, el poeta civil, se encaraba contra Rosas y sus esbirros en estrofas de fuego y espeluznantes relatos novelescos.

Por espacio de un cuarto de siglo la literatura mexicana está plagada de encomios a Porfirio Díaz. Los periódicos de Venezuela registraban ditirambos continuamente, consagrados al General Juan Vicente Gómez, al que la prensa calificaba de benemérito. No pocos libros le fueron dedicados.

Claro está que estas manifestaciones serviles no son absolutas; pero enfocan el medio ambiente, no obstante lo excluído honrosamente y las voces de valentía y dignidad de los Jacinto López, Blanco - Fombona, Jorge Luciani, José Rafael Wendehake y otros de análoga bravura.

En el Ecuador, en la aguda temporada de crisis económica, ha abundado la literatura financiera y bancaria, reforzada con las críticas al profesor norteamericano Kemmerer, al que la Argentina, ante el fracaso internacional de sus milagros, llamó irónicamente santón, negándose a solicitar sus consejos. A la literatura de los economistas nacionales, llena de recetas, advertencias y proyectos de emergencia, de reformas hacendarias y aduaneras, se ha unido, en otro plano revelador de honda perturbación social, el grito destemplado de las pasiones políticas, en centenares de periódicos que demolían y apuñalaban moralmente a muchas figuras decorativas; que insultaban y repartían palos de ciego, que escandalizaban a los

hogares, atónitos ante el huracán de letras de molde que levantaba polvareda y protestas.

Una ola amenazante se alza en América. Parecería que estuvieran minándose los fundamentos del respeto social, del buen gusto, de la sinceridad. Cruzan el continente tristes muestras de la decadencia mental, hojas enfermizas, pobres de armonía y de ideas, que han renunciado a la altura de pensamiento, prensa 'arrabaleira que disparata a destajo, olvidándose de la misión de cultura popular.

Si descartamos las muestras de la prensa seria, hallaremos un enjambre de periodicuchos diminutos, demolidores y plagados de gratuitos denuestos contra la gente que algo vale; el brote innoble de la literatura de escándalo que cree asegurar el número de sus lectores, burlándose cínicamente del prójimo. En tanto que los culpables andan muy campantes, que los políticos que han delinquido no son señalados con el dedo, que no es delatada la iniquidad, salen figuras inocentes, varones que no han cometido más crimen que educar a la juventud y trabajar infatigablemente en bien del pueblo, a ser ludibrio de los que manejan un puñal en vez de pluma.

Son signos evidentes de la corrupción del medio ambiente, triste muestra de retorcimiento moral. Se llama la atención del público con objetivo muy distinto al

de la sanción y justicia. ¡Qué contrasentido moral ahonda le impunidad!

Necesitamos en la prensa ideas fuertes, sugerencias saludables, arte puro, valores auténticos. Apartar la hojarasca para que aparezca el fruto renovador, es obra de conciencia. Que no nos sature el mal gusto. No demos entrada a las falsificaciones de la belleza, convencidos de que la cultural labor ha de ser de selección. Se diría que la verdad está velada, que se halla como corrida ante el engrandecimiento de los ídolos, a quienes hacen servir para todo, siendo así que están preparados para muy poco.

¿Atravesamos ciclo embrionario de la cultura nacional? ¿Qué se ha hecho por educar al pueblo? La lucha de los partidos políticos arroja, como triste resultado, la división y el odio. Combate a dentelladas, he ahí la acción periodística. ¡Cuántos varones dignos de provecho pudieron ser estimulados y dignamente dirigidos, si la prensa les hubiera amparado, en un sentir con la justicia social!

Nos quejamos de la falta de hombres, y nosotros mismos les hemos fatigado trayéndoles de acá para allá, con riesgo de envanecerles y corromperles, ya con el aislamiento, la conspiración del silencio y el furor de la trínca o del círculo implacable; ya con el adulo desmedido,

la ausencia de equidad y el incondicional apego a la manera de balsa de que salen los protagonistas, los caudillos, los irremplazables

EL HABITO DE LA LECTURA

Si no se leen libros, menos se buscan periódicos, en apreciable tanto por ciento de la población ecuatoriana, principalmente en algunas regiones de la serranía. Continúa la costumbre de leer de gorra, aspirando a que este pan se les dé graciosamente.

La prensa ha tratado varias veces, como de una medicina espiritual, de la necesidad de que se fomente la lectura en los niños, indicando a los padres de familia que tal es su obligación suprema.

Se habló de un congreso de bibliotecarios para unificar opiniones sobre la difusión del libro y la propaganda de lectura popular. A tan noble fin tendió la rica y hermosa Exposición del Libro Hispanoamericano, a la que concurrieron, con verdaderos tesoros bibliográficos, veinte naciones de habla castellana y una de portuguesa, bibliotecas y casas editoras. Este desafecto a la lectura ha impedido que progrese el periodismo; pero su pujanza concluye por abrirse paso en la maraña intelectual, como el automóvil descuaaja la intrincada espesura.

Un tiempo, la exageración pedagógica, que susten-

ta doctrinas encontradas, se pronunció abiertamente contra el libro, haciendo guerra tenaz a los textos. Funestas fueron las consecuencias. El alumno se acostumbró a no comprar libros. Sus labores escolares consistían en transcribir, los unos a los otros, dictados erróneos. Se socapó la insuficiencia y ociosidad de los malos profesores que se contentaban con llevar a la clase cuadernitos y apuntes para dictarlos a sus discípulos, convirtiéndose la enseñanza en tarea mecánica de copiar automáticamente.

Quedan resabios del odio a los libros. Pocos se adquieren. Muchos viven de prestado o prescinden audazmente de ellos.

Si los padres de familia, si los maestros no aconsejan a los niños reverenciar a los libros, formar bibliotecas particulares, adquirir afán por la lectura, la sociedad no extirpará a la ignorancia, por empeño que en la formidable campaña ponga la prensa.

Se ha tratado de ensayar las bibliotecas ambulantes, a la manera de los Estados Unidos. «Llevemos los libros hasta los hombres, dice la señora Puente de Urgelles; no esperemos que los hombres vengán a buscarlos. Démosle oportunidad a cada individuo a que pueda leer un libro sin costo alguno, que él, después de haber leído el primer libro, irá a la biblioteca a buscar que le presenten otro para llevar a su casa».

Poco a poco hallará gusto en la lectura. Le ten

tará entonces la compra de libros y periódicos que nutran su inteligencia.

Una estadística de los libros y diarios que el público adquiere, nos estaría revelando cuántos hogares prescinden, en sus presupuestos, de surtirse de alimento espiritual. . . .

ECUANIMIDAD, PERSEVERANCIA

Son virtudes que no siempre lucen en la prensa ecuatoriana, que lanza periódicos de duración efímera y hojas henchidas de odio banderizo, de rencor personalista.

Existen todavía furibundos enemigos de las causas filosóficas que suelen acarrear buen éxito, cuando constancia, lenta preparación e igualdad de ánimo, unidas a férrea voluntad, proporcionan el acariciado triunfo. Siguen creyendo, a pie juntillas, en la ciega fortuna, descuidándose de los medios de conseguirla. Ningún mérito atribuyen al [ayúdate], que es el himno del esfuerzo propio.

¿Qué filosofía más alta y disciplinadora que la educación de la voluntad? De ella depende, en gran parte, el coronamiento de las empresas. Seres insignificantes, humildes labriegos, modestos artesanos, jóvenes desvalidos llegan a la cumbre por el poder de su carácter, que es palanca prodigiosa como la de Arquímedes.

El educador americano Marden pone ejemplos a

porrillo, que estimulando están el cultivo de la voluntad, que tan fácilmente llega a enfermarse. Nadie que con atención y miras imparciales le haya leído, osará negar que de modo sencillo e insistente tiende al mejoramiento humano y al dominio de la fuerza espiritual que empuja a las demás actividades del alma, pisoteando prejuicios y bajas pasiones. Se le ha motejado de que la mayoría de los casos saludables que presenta corresponden a pueblos anglosajones, acusándole de que sólo prefiere a las razas fuertes e imperativas; pero no quieren acordarse de que varias ocasiones cita con elogio a excelsos latinos, membrudos de corazón, que con audacia y tenacidad volvieron realidades hasta los inauditos sueños. A cualquiera raza que pertenezca, sucumbirá quien es holgazán, quien al menor fracaso se derrota, quien se siente abrumado por la mínima contrariedad. Son los enemigos capitales del periodista. Por esto, pocas veces triunfan sus empresas. Si imitaran a esos personajes representativos como Fránklin, Emerson, Lincoln, Edison, la prensa iría viento en popa.

¿Insinuación descabellada aconsejar a los periodistas que lean a Orison Swett Marden, a Wilham Boven, con su «Ciencia del Carácter», al doctor Gregorio Marañón que alecciona médica y moralmente a la juventud, a Ramón y Cajal, el de sus luminosas lecciones autobiográficas, a Constancio Vigil con su admonitor «Erial», a

Santiago Argüello, a Edmundo de Amicis de tan nobles sugerencias?

Combatir la moral social, la vulgarización de la filosofía ética, no se le ocurre sino a la intransigencia, siniestramente aconsejada por la ignorancia. Quienes no son capaces de escribir ni una columna acerca de autoeducación, llamarán prosaicas, soporíferas a las obras de los colegas, trazadas con sinceridad y sencillez, no exclusivamente encaminadas a literatos, sino dirigidas a la generalidad de los mortales que gustan de la llaneza del estilo, del comprensible lenguaje del periódico, ¡oh, floridos retóricos, derrochadores de filigranas!

Las ideas no se gastan: perduran. Hacer buen acopio de ellas es guardar postre suculento.

Ojalá los niños, conforme dicen que se acostumbran a los dulces, se habituaran a lecturas del género de Smiles, Wágner, que los periódicos debieran reproducir más a menudo. Aun suponiendo que no se vendiesen sus libros, nadie dudará que abundan en generosas intenciones, que perdurarán más allá de la envidia y de la bajeza pasional de los intolerantes.

No sostengo que sean originales ni artistas. Sin ornamentación, narran la poesía de los hechos que conquistan bienestar personal e independencia, base de legítima libertad y de perfeccionamiento. Sus normas persuaden, son útiles para el pueblo. Esto basta, en medio

del mercado de la pornografía, de la lectura mítica e insustancial, de los relatos policiales, de la literatura enfermiza y lloriqueante, del periodismo que no trata de enseñar y sugerir ideales y que más bien adula al vicio. Esta literatura sensual y débil, que halaga los gustos del público, seduce únicamente a los que se avergüenzan de la lucha infatigable del santo ahorro, del trabajo perseverante, secretos del buen éxito. ¡Loor a su filosofía!

¡Cuántos, merced a sugestivos periódicos, han renovado su vida, han transformado sus costumbres, han enaltecido la ideología de los pueblos, han fundado culta prensa!

¿Quién eres, menguada criatura, que te atreves a desmentir el progreso alcanzado merced a las lecturas fortificantes y sugestivas? La obra múltiple, la empresa revolucionaria, el suceso fecundo, la tarea demoledora de prejuicios y constructiva de resoluciones, la incomprendida labor de los grandes «inconformes», surgieron muchas veces de una olvidada lectura, de un libro, menospreciado quizá, que el acaso puso en sus manos. El triunfo de las minorías rebeldes se basa en algún ejemplo oculto en el volumen que no fue abierto o no alcanzó a ser comprendido por el holgazán.

Se ha de entender en plano principal, que la dicha terrena no consiste exclusivamente en obtener dinero, ya que abundan las superioridades de otro orden, pero, obtenién-

dolo honrada y metódicamente, se aligera la subida a las cumbres espirituales, porque sin la independencia económica, la esclavitud no logra, en la generalidad, esconder su máscara burlesca. Pocos son los temperamentos que prescinden del oro; la filosofía en ellos es alta como una montaña. Pero, en el común sentir de los mortales, pobreza es servidumbre, más o menos disfrazada, sobre todo cuando la voluntad no es de acero y la dignidad humana no ha entrado a lo íntimo del alma, cual religión que nadie profanara.

Ecuanimidad es preciosa virtud que ayuda a la consecución de la victoria. Ecuanimidad, no te llamaré milagro de los dioses, porque ellos también, según la mitología, estuvieron de vez en cuando perdiendo los estribos, aun cuando volasen caballeros sobre Pegaso; ecuanimidad, eres dón de los hombres perfectos que saben dominar sus pasiones, singularmente cuando escriben para el público. La ira, sobre todo, transforma en fieras a los racionales, cuando ecuanimidad no les asiste.

Batalla difícil vencerse a uno mismo, lidiando contra bajezas, odio, precipitaciones y envidia.

Dicen que los artistas, aunque inspirados por el cielo, no suelen ser a las veces modelo de ecuanimidad. Se habla del carácter insufrible de tantos semidioses a quienes marca la cima y vuelve chocantes la ciega fortuna. Vulgar es descubrir que profundos rencores, rivali-

dades implacables arraiguen entre artistas: no son siempre varones excepcionales. Si por el anverso brillan, cual si el oro de sus méritos nos deslumbrase, por el reverso dejan ver que son de barro.

¡Qué riñas, que amargas censuras entre literatos y periodistas ecuatorianos, devoradores de la vida ajena!

Ecuanimidad y perseverancia, grandes factores de la filosofía del periodismo

LA SANA ALEGRIA

Hay chispa en el pueblo de Quito, epigramático por excelencia. Mas no siempre la sana alegría impera en periodiquitos que se ríen del prójimo. Son ingeniosos; pero hostiles y arañadores del bulto y hasta del alma.

Cuando las comodidades de la vida entran en primera línea sobre otra consideración más noble, cuando la corriente materialista es la única digna de estima y preferencia, triunfa el concepto de lo agradable sobre lo excelente.

Si en la marcha de los pueblos se extiende esta apreciación, quiere decir que se han aflojado los resortes morales, que las resistencias de la virtud son insignificantes y que la austeridad y sacrificio agonizan. Sólo así se concibe que la idea de lo bueno degenera, reemplazada por lo agradable momentáneo, que provoca risotadas porque pone al prójimo en ridículo.

Los jardines del positivismo se ven llenos de flores superficiales y vistosas; las sociedades sufren el fenómeno de la simulación de sus auténticos valores. Todo se falsifica: talento, civismo, desinterés, franqueza, merecimiento, cedieron el puesto a la conveniencia. El logro material, el empleo, la existencia fácil, la utilidad alzan sus tiendas de campaña para cobijar a sus adeptos de prensa, que suelen feriar la pluma y hasta se van al *chantage*.

En arte, en crítica, en política prima el concepto de lo agradable, posponiendo el de lo bueno. Presenciamos deformaciones, atropellos al buen gusto, insinceridades, escándalos morales, desborde de *remitidos*.

Las luchas por el ideal, abnegado y hermoso, se debilitan, porque es de mayor mercantilismo la campaña de las componendas; porque el desinterés no manipula en la sombra.

Justicia, comprobación ética, dejan de ser fundamentales, porque el aspecto deleitable conquista simpatías. Ofúscase la lógica. Pocos aciertan a examinar el pro y contra de las cosas, la equidad de los problemas sociales, la pureza o el vicio de los procedimientos políticos. Consideración personalista es atención única. La parcialidad aconseja. La equidad se retira. Por esto, las infracciones legales son diaria comidilla.

¿Síntoma acaso de social descomposición que se prefieran las risas y las burlas a las serenas reflexiones y al reparo bien intencionado? El gracejo epigramático trata de esclavizar al mérito. Se multiplican las notas de chacota y cháchara, los chistes políticos, las sátiras. Con razón para estos períodos degenerativos escribía Aulo Gellio que la risa puede a veces salvar un compromiso. La verdad es imprudencia.

Alguien ha recordado que «la escuela de los retóricos, ante un silogismo de hierro, contestaba con un chiste», que no es demostración de espiritualidad en este caso, sino de simulación de talento.

Van a menos los pueblos cuando sus prístinas y severas buenas costumbres han descendido de su trono. Abnegación, sacrificio, desprendimiento cedieron su noble sitio a lo agradable. ¿Se ve todavía en el ciudadano la religión del heroísmo que le impulsa a arriesgar su vida por salvar la del compañero; el principio santo de la observancia del deber, aunque fuese mortal sentencia? De aquí que el patriotismo continúe siendo víctima de aleaciones como las monedas falsas, y resulte risible, como gracejo periodístico.

Es natural y reconfortador el sano esparcimiento de las muchedumbres, que poniendo paréntesis a sus dolores y trabajos, se entregan al regocijo y buscan en la bendecida alegría un bálsamo que las cure. Higiénica es

la alegría. Se la ha de fomentar como remedio contra esplines y neurastenias. Cuando las recreaciones son inofensivas y espontáneas, resultan como acumulo de fuerzas para el reanudamiento de las cotidianas labores. Individuos y colectividades necesitan, como ley de equilibrio nervioso y saludable descanso, unas horas de entretenimiento que hagan olvidar el prosaísmo de la vida, tan monótona de suyo. En los hogares más austeros hay derroche de alegría los días señalados para vestirse de gala, reunir a sus relaciones y parentela y entregarse a gratas fiestas, en las que la gentileza y generosidad corren parejas con el buen humor y entusiasmo, melificadores de todos los actos.

De no existir estos oasis en la peregrinación terrena, la murria acabaría por volver misántropos a los más equilibrados. No es atentado contra la seriedad reír franca y lealmente, poniendo de manifiesto la limpieza del corazón. Aquellas horas que alejan las preocupaciones y son cual una tregua, antes que la diaria batalla prosiga, sanan de tristezas y reponen las gastadas fuerzas orgánicas. Hasta las máquinas suponen algún agente lubricante para que resbalen fácilmente las aceradas piezas y no se rompan los engranajes. La noble alegría en el domicilio privado y en el solar nacional contribuirá al equilibrio. Cuando los pueblos palpan su pobreza o son invadidos por la melancolía, economizan sus locuras, porque no se sienten con

ánimo para divertirse.

No hay peor enemigo de la alegría que la ausencia de aquel poderoso caballero que fue saludado humildemente por el señor don Francisco de Quevedo y Villegas. Sin blanca en el bolsillo, la gracia huye. En las fiestas populares la sana alegría ha de ser la higiene del espíritu y una clara demostración de bienestar económico, no el angustioso grito romano: *pónem et circenses*.

El periodismo debería mantener una sección humorística, un manantial de alegría saludable que no cause daño a nadie. Páginas de la prensa secas, estériles, sin jugosa alegría, se caen de las manos.

SINCERIDAD PERIODISTICA

Conviene la sinceridad en el periodismo para el triunfo de sus ideales. Sinceridad, virtud rarísima, clarifica las acciones humanas, quitando borras de engaño, impurezas psicológicas.

En 1893, el educador francés Julio Payot firmó el prólogo de su célebre libro «La educación de la voluntad», que ha inspirado a muchos pedagogos que señalaron orientaciones en bien de la juventud. En Payot está la fuente de muchas ideas saludables y sinceras. Hay que combatir a los formidables enemigos que tienen prostrados el carácter de la prensa. Le cumple esforzarse para

no ser moralmente floja, para no languidecer. «Apatía, inconstancia, desaplicación— dice— son otros tantos nombres adecuados para designar ese fondo de universal pereza que es a la naturaleza humana lo que la gravedad a la materia».

Viejos libros como el citado consignan sugerencias de perenne actualidad para el periodismo. Pensadores han aconsejado remedios contra la molicie, pereza, apatía y desidia reveladas en letras de molde y denuncia-doras de insinceridad.

Mientras más atrasados son los pueblos, se resisten más a curarse de estos males que se retratan en sus órganos de publicidad. Huyen del esfuerzo perseverante. El trabajo es en ellos cruel tortura. Se acobardan de exponer la verdad, clara y llana. Payot cita la escasa preparación y el ningún esfuerzo de sus compañeros de colegio. Alude a que los universitarios aspiran a ideales poco elevados, que sólo les proporcionan satisfacción inmediata. Por esto, reproduce las férreas palabras de Maneuvrier en «La Educación de la Burguesía». Los estudiantes que toman la ciencia, el periodismo a la ligera y no se nutren de buenos alimentos, sólo aspiran a los cargos públicos mal o bien remunerados, convirtiendo la prensa en escalera, para después, con un clavo ya en el presupuesto, acostumbrarse a la rutina en el rincón ofi-cinesco, «sin porvenir, sin horizontes, donde el hombre en».

vejece en un sillón de vaqueta, contribuyendo diariamente con la inutilidad de un trabajo casi estéril a la decadencia y embotamiento gradual de sus facultades; pero donde, en cambio, goza la inefable dicha de estar dispensado de pensar, de querer y de obrar».

La personalidad se anula, porque la holgazanería mental, la abulia y la irresolución matan toda generosa iniciativa. Nada más funesto que el fantasma de un hombre — máquina que se mueve por impulsos extraños, por el resorte del jefe, por el botón que le oprime la rutina, por la orden del que paga esa pluma.

LIBERTAD DE IDEAS, CORRECCION DE PROCEDIMIENTOS

Señal del grado de cultura de los pueblos, del que es como espejo la prensa, el respeto a las ideas ajenas. ¿Quién pretenderá haber fraguado el pensamiento? ¿Quién le someterá a un molde? Distinto es el hecho de que, para la difusión de cierto orden de ideas, se censure la incorrección de los procedimientos. Vieja máxima, por más que en sentido contrario la patrocinen sclapados gremios, la de que el fin no justifica los medios.

Grandiosas serán las ideas; pero si al propagarlas se cae en culpa, justa repreensión al modo operendi. Mas la idca en sí misma, con el vuelo de las águilas,



es libre y elevada. Un enorme educador argentino, Sarmiento, desde la prisión, trazó, con grandes caracteres, esta verdad: «Las ideas no mueren».

Si son inviolables como la vida, ¿por qué no respetarlas? Que se las discuta, que se las rectifique, que se amontonen los razonamientos, que se afirme la cátedra de la prensa, todo es humano y lógico; pero no se las ha de combatir con la ridícula pretensión de que sólo impere un círculo determinado de ideas, un orden pre-establecido, una sistematización intolerante de lo que es noble producto del espíritu.

A los periodistas no se les pregunta en países cultos qué ideas profesan. Pueden ser de cualquier género. El análisis está atento a la manera de obrar en cuanto a oficinantes de la prensa, a su conducta en ese palenque, a sus procedimientos, porque esto afecta a la colectividad y se roza con el prestigio de la empresa y de la patria.

Que se estudie la calidad de las ideas; pero que se las ponga comedidamente sobre el corazón, como vitales tesoros que no se profanan ni asesinan. Tildar a una persona porque emite éstas o las otras ideas es sencillamente infantil. ¿Quién ha establecido la medida ideológica? ¿Dejará de tener méritos en el infinito jardín de las ideas el que comulgue con determinado credo, siempre que sea moral quien figure en tal o cual partido?

Cultura es tolerancia. Esta divinidad está abriendo los brazos a la civilización. Por desgracia, en el Ecuador no siempre brinda su protección al periodismo. Condenación y proscripción a las ideas no permitirán que nos acerquemos a la verdad. Triste sería que el hombre, asustado del poder del pensamiento libre, tratara de rechazarlo en el fondo oscuro de su conciencia. Idea y verdad son todo, ha dicho un filósofo. Germina en el cerebro una idea; la palabra la transforma en un mundo, la verdad la encumbra. No pueden concebirse ideas sin palabras. Cuando se agita en el alma un deseo, ¿de qué modo se exteriorizará su idea si no es con la palabra? «La palabra, dando clara y humana expresión al deseo, le trueca en inefable gozo; se enciende la pasión en llamas de ideales, y la palabra propaga el incendio, poniendo lumbres de amor y de esperanza en las almas muertas. Es la palabra el supremo atributo del ser sobre la tierra, y, por serlo, el primer esfuerzo al nacer se realiza para lanzar un grito o un llanto, que no son otra cosa que palabras imperfectas, y al morir se escapa el débil quejido que quisiera ser también palabra infinita que llenara el eterno silencio donde vamos».

¿Querellas por determinadas ideas? Pérdida de tiempo. Sin embargo, la prensa ecuatoriana frecuentemente empeora la pendencia contra los asertos periodísticos.

EDUCACION DE LA EXACTITUD

En la prensa nacional, especialmente en semanarios y otras publicaciones periódicas, la exactitud no es norma. Las entregas vienen muy atrasadas. A veces, "para ponerse al día", acuden al recurso de reunir bajo un mismo título dos o más números.

Mientras diarios graves y disciplinados cimentan su buen nombre en la exactitud con que llenan sus compromisos, en aparecer en lo que se ha llamado: "hora inglesa"; en otros pueblos cifran su vanagloria en quedar mal en todo, en salir a destiempo, en que las ediciones traigan retardo. Les falta la férrea disciplina del cumplimiento estricto de sus deberes y compromisos con el público, que es ganancia de tranquilidad y tiempo llenar religiosamente lo estipulado. También el favor del público es nulo.

Nada desgasta más que esperar inútilmente. Razas vigorosas han difundido por el mundo el práctico pensamiento de que "el tiempo es oro" y saben aprovechar del saludable refrán, en tanto que otras derrochan lastimosamente el tiempo, sin sentir que esta prodigalidad les roe la conciencia y ocasiona pérdidas. En el periodismo son incalculables. "Hacer tiempo" es propio de holgazanes e incumplidos.

En Inglaterra, vieja civilización acostumbrada al dominio de la voluntad, se registran casos de sorprendente exactitud, que son familiares y que están proclamando la educación de un pueblo.

Aconteció que un tren expreso que calía de Edimburgo para Londres, tuvo impensadamente que detenerse más de media hora, a causa de haber encontrado obstruída la línea por enormes troncos de árbol caídos de un tren de carga que había pasado anteriormente. Tal demora, no consultada en el itinerario, le ocasionaba muchos perjuicios, singularmente por la circunstancia de que en otras estaciones tenía que ir aumentando su convoy, enganchando varios carros de pasajeros, procedentes de distintos puntos que se dirigían a Londres, labor que debía desarrollarse en perentorio lapso, en el minuto puntual, cumpliendo sacramentalmente con el horario. ¿Qué hacer ante tal percance? Reponer, por todos los medios, el tiempo perdido. Se imparten rápidamente las órdenes del caso y el aviso a los guardavías. Comienza la carrera loca del tren, como si se tratase de un certamen deportivo. Al llegar a York, ya se había incorporado a los trenes que debían unírsele. Arriba a Londres: ¡con matemática exactitud el convoy, victorioso de su proeza.

El reloj del periodismo es cronómetro. ¡Cualquier

retardo es ruina para la empresa, comercial y moralmente, y ataque contra los lectores. Inexacto el periodismo nacional, apenas pueden apuntarse una media docena de excepciones.

POPULARES NORMAS EDUCATIVAS

La prensa ha de educar al pueblo. ¿Cumple con esta finalidad? Escándalos, insultos, calumnias, injusticias son diaria función de algunas publicaciones que no respetan al público, menos procuran mejorarlo.

Los términos evolución y progreso suelen tomarse en diversos sentidos, en los que entran las creencias y a veces el concepto personal de la vida. Pero si esta evoluciona y la humanidad tiende a su perfeccionamiento, es claro que, junto con el progreso material del periodismo, se ha de tender al ético. Los que abrigan tan bajas pasiones, como el egoísmo feroz o la envidia indisimulable e incontenible, en vez de adelantar moralmente en los manchados voceros negros como la tinta de imprenta, retroceden a los tiempos oscuros de intolerancia y crueles sentimientos. Progresar es emblanquecer el alma, con el baño del más confortativo de los progresos: la educación personal y la de las multitudes. Resplandece el periódico con fulguraciones hermosas cuando el sentimiento de justicia está norando para no postergar ni desconocer a

quienes lo merecen; por más que sean nuestros enemigos implacables.

En periódicos estrechos, a cada paso se cometen olvidos voluntarios y desconocimientos. Espesa la venda de los ojos. Triste conspiración del silencio acrece la tiniebla. No florece el sentido humano de la generosidad. Periodicuchos que evolucionan al revés, van constriñendo a la circunferencia, limitación que nada de altruista revela. Injusticia clamorosa mancha sus páginas.

«Progresar, como Camilo Fernández asegura, es cualidad distintiva del hombre. Este es el único animal que puede progresar, acelerar o retardar su progreso, pero no destruirlo ni destruirse a sí mismo, porque el progreso humano, por obtener un buen relativo personal, viola leyes fundamentales de la evolución, pero nunca podrá destruirlas y sí privarse a sí mismo, a la prole tal vez, del bien que el progreso general no retardado les hubiera proporcionado».

Educar a los jóvenes periodistas con sujeción a las severas normas de la justicia distributiva, es colaborar con el progreso de la sociedad. Que el periodismo vaya hacia adelante, enarbólando el estandarte de la tolerancia y acorazado con la justicia, para que se redima de omisiones, exclusivismos, pretericiones, megalomanías, prurito de pisotear al que se encumbra por sus propias fuer-

zas. Que el periodismo acate la forma, rinda culto al idioma y sea como la tersa patena que reproduce el alma.

El periodismo nacional, que está en pañales con lo incipiente de su civilización, no obstante la centuria transcurrida, ha de modificarse, garantizando la cultura de quienes acometen la ponderosa empresa.

Si el diarismo ha avanzado mucho en la segunda y tercera década de este siglo, le queda el admirable problema de vencer la hostilidad del medio ambiente.

Obra del diarismo amanerado y decente ha de ser transformar a la prensa que no es cotidiana, por la hora ni el tiempo en que aparece, sino porque la aurora no aclara algunas conciencias de improvisados periodistas. Propenderá a desterrar sus abusos, a cimentar el sentimiento de responsabilidad. Así ni códigos policiales ni congresos se quejarán a menudo de las piraterías de la prensa. El colmo sorprendente sería borrar la sanción legal, abolir el jurado de imprenta.

Al diarismo ilustrado y educador le cumple difundir la caballerosidad por los rincones de la prensa ecuatoriana; difundir también la cultura social que ha de exteriorizarse en los actos más insignificantes.

El hombre de sentimientos delicados respeta a la sociedad, poniendo sumo cuidado en no abofetearla con

publicaciones que causan sonrojo. Las agrupaciones humanas tienen derecho a ser consideradas. No es propio de la gentileza urbana, representada por péñolas tersas, hacerlas presenciar desbordamientos pasionales que siembran alarma.

En todo país que se ha alejado millares de leguas del salvajismo, los hechos iracundos de las plumas envenenadas; los atentados contra la educación, jamás se producen en columnas de periódicos que se supone consultados por la sociedad que busca sano esparcimiento, lectura que rinde culto al arte, al deporte, a la moda, a la poesía, a las ciencias, a los ecos del mundo que aparatos de radio o hilos telegráficos y cables submarinos transmiten.

Cuando consideremos a los periódicos, especialmente a los diarios, como santuarios que nadie profana, menos la tiranía de los gobernantes o las argucias policiales, habremos demostrado que la cultura se ha hecho carne en el pueblo.

Si fuéramos exigentes en esta materia, las costumbres se reformarían. Las buenas maneras, las formas correctas, la pulcritud del lenguaje, afaman a los periódicos que derrochan cortesía, inspiran fe y se convierten en necesidad para el público. Romper con parrafadas bruscas la línea recta de los miramientos sociales no acre-

dita nobleza de alma.

Es forma repugnante la de ese matonismo de levita y pluma en ristre que levanta polvareda a la vuelta de una esquina y escoge las letras de molde para producirse agresiva, destemplada, incultamente. No reflexiona en las consecuencias, que son más deplorables para el gratuito defensor que para la sociedad herida y ultrajada.

La mujer, el niño, deben ser amparados intelectualmente, rodeándoles de atmósfera suave, sana, galante, educativa.

Jefferson aconsejaba a los violentos, a los impulsivos, a los coléricos que contasen hasta ciento, si estaban airados, antes de hablar. Antes de escribir, deberían contar hasta mil.

¡Cuántos disgustos ahorra la prudencia, cuántos sinsabores evita la mesura, de cuántas dificultades saca victorioso el dominio de uno mismo!

RESEÑA DEL PERIODISMO EN QUITO

SU EVOLUCION Y SUS LUCHAS
OJEADA HASTA EL AÑO 1.906

El Ecuador es país muy joven. Poco más de cien años han transcurrido apenas desde que la República, sin conquistar por esto su hegemonía como nación, selló su independencia con la victoria que las armas republicanas, guiadas por el genio militar del General Sucre, obtuvieron en la memorable jornada del 24 de Mayo de 1822. Su periodismo, a través de cruentas campañas, de sangrientos episodios y persecuciones, del furor pasional y de los vaivenes políticos, representa, tras laudable esfuerzo que reconocemos, un océano de tumultuosas publicaciones de plazo fijo y eventuales otras que, como las salobres hondas del mar, en constante flujo y reflujo, han aparecido y desaparecido, sin dejar a veces rastro alguno y a lo más repetida perdida de tiempo y sacrificios desperdiciados. En el campo del intelecto son apreciables todos los esfuerzos; pero se los aplaude cuando la perseverancia arranca un laurel para coronar la obra. Sólo unas pocas han llegado, tras rudo batallar contra el medio ambiente, la hostil incultura y los gratuitos rencores, a las playas del buen éxito, siquiera moral.

¡Cuán difícil, en estados nuevos y turbulentos, la

historia de su periodismo, intrincada selva de papel impreso, caída pronto como la hojarasca! Sería, en innumerables casos, estéril la formación de listas y nombres sonoros que se apagaron en seguida, cual luces fatuas, sin resistir veinte y cuatro horas, no diremos semanas. En otros, tras lento depuramiento, se rastrea, al fin y al cabo, la historia nacional, siquiera como fuente de información, aunque no siempre abundante, clara y auténtica.

Intereses particulares, razones políticas, ataques personales desfiguran los hechos; pero algún chispazo se aprovecha.

- ¡Cuántas hojas impresas, más efímeras que las rosas de que habla el viejo poeta español, frescas en la mañana, han muerto definitiva y fatalmente en la tarde, sin dejar el más ligero perfume de su cultural!

Periódicos de circunstancias, electorales, políticos, religiosos, intransigentes, caudillistas, de agria polémica, preñados de tremendas acusaciones, calumnias e insultos, no han grabado, los más de ellos, ningún teorema educativo, no han dibujado ninguna idea luminosa, sino regüeros de pecados capitales, en medio de fofa literatura o de gracejos hirientes.

Con todo, en la vida nacional se levantan, como altas montañas, algunos periodistas geniales que desde sus respectivos baluartes combatieron por el ideal, ata-

cando valerosamente los ridículos remedos de tiranía.

Por un puñado de apóstoles de buena fe y rectitud de miras que, pluma en mano, predicaron libertad, civilización y justicia, no escasearon los bajos lidiadores, la gente anónima, los bandidos de la prensa a que se refirió, en airada condenación, un sabio historiador ecuatoriano. Siniestros agentes del escándalo, escarbaron la vida privada y denunciaron a los cuatro vientos lo que merece silencio; depósito de suspicacias y chismecillos callejeros, centinelas de la intolerancia, sembraron el prejuicio y la inquina, ahondando la división de la familia nacional.

Pero las excepciones honrosas, los zapadores de la verdad y de la desencia, despejaron de zarzas y ortigas el tortuoso camino.

Conquistador del progreso, Espejo, el precursor, abrió la campaña, en una época en que era delicado pensar altivamente y obra de romanos fijar el pensamiento libre. Indio sublime, prodigio enciclopédico en la Colonia, dejó a la patria el claro ejemplo de las «Primicias de la Cultura de Quito», en un puñado de hojas modestamente impresas. El histórico vocero de la ilustración destelló, como alborada, el 5 de enero de 1792. Un año antes— en octubre de 1791— circulaba impresa, para su mejor propaganda, una instrucción previa, en la

que se anunciaban los fines literarios de la empresa, sin desatender, por esto, las noticias de otro género, de modo que se conociera a Quito y se palpasen «los esfuerzos que hace y los pasos que da hacia el templo de la sabiduría». Nació el primer periódico ecuatoriano veinte años antes que la famosa «Aurora», de Chile. Su fundador, el célebre Camilo Henríquez, decía en el número de 24 de setiembre de 1812: "He trabajado solo; solo me he expuesto al odio de la tiranía y del error". El primer periódico oficial de Chile comenzó a publicarse, con el nombre de "El Araucano", el 17 de setiembre de 1830. Son fechas muy reveladoras.

El ilustre Espejo vino al mundo en Quito, en febrero de 1747. En la misma ciudad por la que se sacrificó, agonizaba en la lobreguez de una prisión tempranamente agotado. Vida agitada y fecunda, la empleó íntegra en la ilustración y libertad de su pueblo. Médico profundo, especialista en el estudio de la viruela, difundidor de consejos higiénicos, consagrarse, además, a la jurisprudencia, literatura y filosofía. El primer periodista de la América Española fue también el primer bibliotecario ecuatoriano.

Se le ve cultivar en Bogotá la amistad de eminentes colaboradores en la emancipación americana como Zea y Nariño, a quienes asombró por la novedad y audacia

de sus ideas.

En 1781 tradujo la obra estética acerca del más alto grado de belleza, obra que se atribuye al filósofo griego Longino. Espejo le puso por título: "Tratado de lo maravilloso y sublime verdaderamente elocuente en los discursos". Es el primer trabajo de este género en el Nuevo Mundo: destaca de cuerpo entero a la eminente figura ecuatoriana.

Su enciclopédica pluma de periodista empuñó campañas contra la ignorancia, moralizó las costumbres y se mostró ardiente partidario de la educación femenina. Sutil observador y satírico, su clara visión política le llevó a contemplar lontananzas no columbradas por otros y emprender hazañas que sorprenden. La libertad de su gran patria americana y el señorío de la escuela fueron sus miras culminantes.

Era su periódico órgano de la sociedad patriótica "La Escuela de la Concordia". De la necesidad de fundarla habló en magistral discurso, que rebosa civismo, ilustración, conocimiento de la historia, amor a la libertad y justicia para los hombres notables de la tierra ecuatoriana, ya desde el punto de vista de la ciencia, ya considerando el arte. Creía, con razón, que las naciones que se gobiernan por la cultura y el pulimiento espiritual, preferentemente las americanas, son conducidas "por

la mansedumbre, la justicia y la bondad". Este discurso, que es como un canto sencillo al numen quiteño, resuena al mismo tiempo cual simbólico somatén, a fin de que América se apercibiera para la libertad. Se publicó en el quincenario "Primicias de la cultura de Quito" y se reprodujo en otros lugares. Su voz renovadora duró un trimestre: el número séptimo fue el último.

Dichas ahora esas frases parecerían frías; pero si se considera la época colonial y el atraso consiguiente, las palabras son pálidas para ponderar el efecto que produjeron.

El historiador, que es juez indeclinable, jamás debe olvidar el medio ambiente.

¿Cuál era el estado intelectual cuando Espejo prendió el faro de su periódico? Juzgad por estas pocas líneas.

La imprenta se estableció primitivamente en Ambato: en Quito en 1760. Recomendación en los anales patrios merecen los nombres de Raimundo Salazar, el primer impresor nacional, e Ignacio Vinuesa, el primer cajista.

Los tiempos no despuntaban propicios al desenvolvimiento de las letras, mucho menos servían para alimentar al periodismo. No existía atmósfera libre para que respirase, a pulmón lleno, la imprenta, ni el pueblo suponía que la lectura pudiera nutrirle. Escaseaban las

escuelas y el pan espiritual no era preferido alimento. Sistemáticamente, no se quería enseñar a leer y escribir a las mujeres. Era la herencia colonial que a través de casi cuatro siglos desde que la ciudad de Quito fue trazada en agosto de 1534, no ha desaparecido por completo. El primer plantel de instrucción que se implantó en el Ecuador en 1587 sólo tuvo restringidas asignaturas como latín, canto y música. Más serio el Seminario de San Luis creado por el obispo Solís en 1592. Se le consideró como a primer establecimiento formal de educación al que ingresaban los jóvenes desde muy lejos, como desde Popayán y Panamá. Pero se le destinó sólo a gente privilegiada, como si dijéramos únicamente a los nobles. ¿A qué tiempo ni en dónde se educarían los plebeyos? A los hijos de los artesanos les era terminantemente prohibido ingresar al Seminario de San Luis. Había que probar la limpieza de la sangre, por medio de prolija información, en la que constase que los antepasados del presunto estudiante no se ocuparon en oficios manuales. Se consideraba acto bochornoso que los colegiales de buena cepa actuasen como acólitos en la catedral. El fundador Solís, «en los reglamentos que hizo para los alumnos, exceptuó a los nobles del servicio de la Iglesia».

Si en plena vida republicana la democracia es

una burla, ¿qué no sería en la noche colonial?

Cuando en 1688 se fundó el Colegio San Fernando, surgieron las rivalidades entre jesuitas y dominicos. Ocupación preferente, por muchos años, fue la de pelear, disputándose la supremacía. Lo que en ambos establecimientos se enseñaba era escaso: nociones teológicas y filosofía. Pasaron lustros sin que la juventud se iniciara en matemáticas, y otras asignaturas positivas. La disciplina no marchaba bien, menos la moralidad académica. Se dieron casos de irritante explotación de títulos profesionales.

En 1767 fueron expulsados de estas comarcas los jesuitas. Las cosas cambiaron visiblemente. No hubo en Quito verdadera Universidad hasta el 26 de octubre de 1787, en que se aprobaron sus estatutos. La Instrucción permanecía herméticamente cerrada dentro de los claustros religiosos. Las simples facultades, inclusive la de San Felipe, habían adoptado el pomposo nombre de Universidad, en las que, pese al amor propio nacional, no brillaba la ciencia. Con todo, merecen loa los esfuerzos innovadores de los padres dominicos Quesada y García.

En 1800, alba del siglo de las luces, existía únicamente un profesor de medicina: el doctor Bernardo Del-

gado, protomédico Los alumnos escaseaban. La escuela de medicina se vio en el doloroso trance de cerrarse.

Si esto está aconteciendo en Quito, ¿qué no sucedería en remotas y atrasadas ciudades de gran parte de América? ¿Cómo exigir que el periodismo despejase la maraña? En muchas poblaciones las escuelas eran desconocidas ¿Qué lectores en la masa ignara? Las buenas bibliotecas se adormían en los conventos. Raro era encontrar libros en los hogares. Cuando los jesuitas abandonaron el territorio y su orden se extinguió, la biblioteca de su colegio pasó a ser pública, con Espejo al frente.

¿Se comprenderá en toda su intensidad el esfuerzo intelectual, se aquilatará con firmeza de análisis el espíritu emprendedor, se admirará lo suficientemente la audacia redentora del magno periodista quiteño?

Hasta antes de 1755, no se registra en la desconocida bibliografía folleto alguno impreso en el Ecuador. En ese año se dio a la stampa el primer libro, de carácter místico, editado en Ambato. Tan hábil fue Raimundo de Salazar, que estableció en Quito rudimentaria fundición de tipos. Un siglo después se tiene noticias de otra fundición de la insigne grabadora en acero, la artista quiteña Emilia Rivadeneira. Muerto aquél, su taller tipográfico se llamó «Imprenta de Mauricio Reyes».

Patrimonio de los españoles la guerra civil, fermentó por desgracia en estos dominios desde los días en que los héroes aventureros trazaron el perímetro de lo que hoy es el Ecuador. Civiles y eclesiásticos, militares y paisanos, desperdiciando estuvieron tiempo, riqueza y energía en luchas fratricidas y en egoístas rivalidades.

Por esto, fue aplazándose el florecimiento de las letras que, como en terreno abonado, lucen sus corolas cuando abundan los jardines del buen gusto y del periodismo civilizador.

El mismo señor Calama, no obstante su empeño educativo, su propaganda cultural, sus libros y reformas universitarias, afeó su estilo, vulgarizándolo hasta el aplebeyamiento. Verdad es que España, en el siglo XVIII, no culminó por su ciencia ni menos por sus modelos literarios. La pedestre forma y la extravagancia, venidas de allá, arraigaron en la América en dicha centuria que parecía sufrir del mal del culteranismo de la nostalgia de Góngora.

Sin libertad, ¿cómo conseguir galanura de dicción, bellos y robustos poemas, audacia del pensamiento en prosa y en verso?

Excepciones como Juan de Velasco, Maldonado, Mejía y Espejo, confirman lo aseverado. Abundaron los escritores teológicos y jurídicos; pero quizá saporíferos e

inarmónicos. No gana la literatura espigando en el matorral de prosadores, como pacientemente lo hizo el Dr. Pablo Herrera.

Profanación sería llamar poetas a unos pocos aficionados a la métrica, que compusieron décimas, villancicos, epigramas y pesadas octavas reales.

En los albores de la Independencia, dos periódicos se publicaban en Quito, satíricos y diametralmente opuestos; el uno reaccionario, realista: la «Gaceta de la Corte de Quito», del que salieron seis números; revolucionario, republicano, el otro: la «Gaceta de la Corona», que corresponden a los años 1809 y 1810, respectivamente. Quizá confunde el último nombre un escritor nacional cuando, hablando de las dos *Gacetas* de la «Patria Boba», llama a la segunda *Gaceta Curiosa*, redactada por «un insurgente.»

El Ecuador, si bien redimido ya de la sujeción española, no gozaba de completa autonomía: formaba parte integrante de la Gran Colombia. En este ciclo, las *manifestaciones periodísticas* desaparecieron.

Iban transcurriendo décadas nada propicias para las letras, pues la América toda era como un solo campamento hasta después de la gloriosa batalla de Ayacucho.

En 1830, el Ecuador puso casa aparte, desligándose, como Venezuela, del solar colombiano. El General

Juan José Flores, fundador, presidente de la nueva república, cargó con las funestas consecuencias de la páfida y general campaña. Militarismo bravío y despótico, no disimuló las muestras de su ambición y rudeza. Pulularon los caudillos, muchos de ellos oscuros y temerarios.

Si estéril fue la fogosa peroración del célebre orador quiteño José Mejía Laquerica, en las Cortes de Cádiz, como infatigable defensor de la libertad de imprenta, no lo fue menos el empeño de un grupo de patriotas ecuatorianos para obtener igual derecho. Mejía, en España, da ejemplo de altivez y noble batalla en "La Aleja Española" que él organiza, en "La Triple Alianza" y otros periódicos en que colabora. Pedro Moncayo en Quito, hace otro tanto, en lidia no menos arriesgada.

No sólo después del triunfo de Sucre en el Pichincha seguía oprimido el pensamiento, sino durante el Gobierno de Flores que vino en nombre de la emancipación americana. Manda éste a sus genízaros que despedacen la imprenta donde se editaba el periódico "El Pensador Quiteño", fundado para combatir al que con el nombre de "El Noticioso" redactaba, en 1824, Flores, Quijano, Diago y otros llamados liberales.

Hay noticias de que, un año antes, circuló por pocos días "El Monitor Quiteño" que aseguran se enredó en dificultades con la curia. Le cupo en suerte conme-

morar el primer aniversario de la gloriosa jornada en que Abdón Calderón admiró con su juvenil heroísmo al Nuevo Mundo.

Estrellas fugaces fueron "El Imperial" (1827) de filiación gobiernista, y "El Garrote" (1828) del que se desconocen sus aspiraciones.

Hemos visto que el General Flores, desde antes de ascender a la primera magistratura, se mostró abiertamente hostil contra la prensa que aplaudía sus actos.

Ya en la presidencia, redobló su inquina contra el pensamiento escrito.

Marca época en la historia el citado paladín de combate "El Quiteño Libre", grito de rebeldía contra las intemperancias administrativas. Fulguró su primer número el 12 de Mayo de 1833. Un año antes, siguió el arduo y recto camino de la oposición "El Republicano". Pero "El Quiteño Libre", por el prestigio de sus redactores, que padecieron persecuciones por la justicia, es uno de los adalides más esforzados de la infancia democrática. Magistral pluma la del editor responsable: el gran Pedro Moncayo, historiador de pasmosa retentiva, talento privilegiado, patriota de ideas avanzadas, liberal incorruptible. Se destaca como carácter relevante en las primeras agitaciones de la República. Natural de Ibarra, murió lejos de la patria, en Chile, en donde, anciano y cie-

go, reconstruyó, por un prodigio de evocación, la historia de media centuria, salvando así del olvido algo de lo que las llamas devoraron. Enemigo de la política de Flores, cada cual por su lado redactan periódicos de animada polémica.

Del doctor Moncayo son: "El Progresista", "Fray Francisco", "Fray Tarugo", "El Rebenque", "El Viejo Chihuahua", "El Baile de Máscaras" y "La Linterna Mágica".

Flores disolvió a balazos la sociedad de "El Quiteño libre", el 19 de octubre de 1833, y Hall fue colgado desnudo en la plaza de San Francisco de Quito, «con el intento de escarnecer a los defensores del buen nombre de la patria», dice un vehemente historiador. Pedro Moncayo narra en estos términos el sangriento fin de la obra literaria: «El primer mártir fue el Coronel Hall, hombre ilustre a quien podían y debían haber respetado por su inteligencia, saber y demás virtudes».

Empezaba la prensa, imitando el espíritu de desunión de nuestros mayores, a disociar y abrir honda brecha en la familia ecuatoriana, amontonando sobre ella pullas y descomedimientos. Primero se atacó mordazmente a Flores que para defenderse había establecido, en Quito, Guayaquil y Cuenca, "La Gaceta del Gobierno del Ecuador", "El Amigo del Orden", "Las Armas de la Ra-

zón", "El Nueve de Octubre", "El Trece de Febrero", y "El Investigador"; después no se respetó ni a Rocafuerte, declarado pirata en unión de las tropas refugiadas en la fragata "Colombia". Creció su impopularidad por el despiadado bloqueo a Guayaquil, antes de su fuga a Lima, a raíz de su breve permanencia en la Puná, a donde volvió en Abril para ser engañado miserablemente por Rudeno y Mena, y caer prisionero, por mandato de Flores transmitido a su compatriota Ponte.

Pasados los traspies del grande hombre y escarmentando en cabeza propia, pues le había costado los males de la revolución, Rocafuerte, presidente en 1834, se preocupó de pacificar a la República, impedir el derroche de las rentas y robustecer la instrucción pública. Su antigua debilidad de carácter cambió. Empezó á desarrollar energía en el cumplimiento de la ley, castigando al soldadote Otamendi por su inaudito desacato social y crimen de Riobamba. Se rodeó de ministros de prestigio, impulsó la administración, se desvivió por instruir al pueblo y a la clase militar. Funda una escuela para ésta y seculariza para aquél el colegio de San Fernando. Destinado a las niñas, arregla un plantel de educación, plantel inusitado hasta aquella época, poniendo a su frente a un pedagogo traído de Chile, el señor Weelworight. Abre una escuela naval y establece un museo de pintura. Le

interesa la ciencia, restablece, en solemne acto, las pirámides, levantadas por los geodésicos franceses en Caraburo y Oyambaro; sustituye con las ciencias exactas el estudio de teología en la universidad y contrata al ingeniero Viro.

No obstante las generosas labores del insigne estadista, sorprende que durante su gobierno nunca diese la prensa señales de vida. ¿A qué obedeció tan letal mutismo? ¿Fue acaso un momento de tregua, después de la honda conmoción política y social que disgregó los partidos por tantas guerras intestinas y tempestades de ambiciones? ¿Descansaba la nación al entrar en una nueva fase constitucional y republicana?

No ha de llamar la atención "La Gaceta del Ecuador", publicación oficial quiteña que desde 1837 se editó hasta 1844, si bien es período larguísimo para aquellos tiempos.

Por segunda vez subió Flores al solio presidencial el 31 de enero de 1839. Comprobó acierto y tacto político al nombrar a Rocafuerte Gobernador del Guayas. Allí continuó su labor educadora, beneficiosa para el pueblo. Obró prodigios cuando la invasión de la fiebre amarilla que minaba a Guayaquil. Celebró con pompa la construcción del primer vapor nacional e hizo colocar un faro en la Isla del Muerto o Santa Clara.

El sordo rumor de descontento contra la nueva administración de Flores fue creciendo. Hubo tentativas de conspiración y se formaron algunas sociedades. Presidente de una de ellas, de la "Philotécnica", fue García Moreno. Ahogada la voz de la prensa, calló el "Sufragante", periódico opositor, desde que quien lo dirigía fue enviado por Flores en comisión a Bogotá.

Poseído éste de incontenible ambición de mando, escaló por tercera vez las alturas, sin permitir que el Gobierno se renovase, designado por una obediente convencción, hechura suya, que el 31 de marzo de 1843 le favoreció con 32 votos. Rocafuerte se había retirado seis días antes, dejando protesta airada. Los diputados, señores José Fernández Salvador y José María Santiesteban, fueron los únicos que no contribuyeron con su voto a la consumación de tamaña iniquidad.

Flores prestó la promesa, llamada por sarcasmo constitucional, el primero de abril.

Vibró el país de indignación. Se hebía echado en la virgen tierra republicana el germen de las presidencias vitalicias, de los hombres providenciales e irremplazables que tan amargos frutos ha rendido en América, transformando a los ambiciosos en déspotas y tiranos. Los ejemplos, por desgracia, crecen. El remedo de monarquía ha causado daños infinitos.

En la patria, la inagotable sed de poderío ha perdido a eminentes políticos de la talla de García Moreno y Alfaro. La puerta del tabernáculo, abierta por Flores, no se ha cerrado todavía.....

El pueblo, ardiendo en ira, estalló el 6 de marzo de 1845. El pronunciamiento popular de Guayaquil se fundó en 16 graves cargos para desconocer la legitimidad del Gobierno. El 8º considerando decía: "Que el dón inapreciable de la libertad de imprenta ha sido arrebatado con insolencia por leyes bárbaramente atroces o por el indecoroso monopolio de las prensas de la República", etc. Se formó una Junta de Gobierno, elegida así: por Quito, el señor José Joaquín Olmedo; por Guayaquil, el señor Vicente Ramón Roca, y por Cuenca, el señor Diego Noboa.

La sagacidad y diplomacia de Flores sacó partido hasta de su caída. El convenio de "La Virginia", suscrito el 17 de Junio del mismo año, y el adicional de igual fecha, le conceden amplios honores y garantías, que más tarde fueron desconocidos por la Convención de Cuenca.

El señor José Félix Valdivieso, encargado en Quito del Poder Ejecutivo, solicitó también garantías que le fueron concedidas por el Gobierno Provisorio, quien ratificó el convenio el 3 de julio.

Tranquilamente Flores se embarcó para Panamá

en el bergantín «Seis de Marzo», el 24 del referido junio.

Eligió al señor Roca Jefe del Estado y se disolvió, el 3 de febrero de 1846, la Asamblea reunida en la capital del Azuay.

En lo referente a la materia en que nos ocupamos, dice Pedro Moncayo: "Roca organizó un partido personal, intolerante e intransigente. Pero guardó las fórmulas republicanas y la lucha comenzó dentro del terreno legal, y la oposición tenía todas las garantías apetecibles. La prensa era libre, algunas veces mordaz, acre y calumniosa. Pero el agraviado tenía el derecho de defenderse y de confundir a sus enemigos".

El denuesto era diaria comidilla. La enfermedad va volviéndose crónica y amenaza ser incurable. Pujan-tes cerebros y enormes maestros no han podido adoptar otra manera, recomendando ecuanimidad y delicadeza. Solano, Moncayo, García Moreno, R. Andrade, N. A. González, M. Espinosa, F. López, Calle, todos, grandes y chicos, rindieron tributo a esa flaqueza de la raza y del mal ejemplo de siglos. La herencia es legítimamente española. Algunos sublimaron el dicitario por medio del arte y del genio. En la olímpica cumbre, el airado Montalvo fulmina rayos y centellas; en el valle hondo vomita sa-pos y culcbras una turba de maldicientes y difamadores. De aquel había versificado García Moreno que volvió,

no sólo tullido de sus viajes sentimentales, sino animalizado. El "soneto a Juan" concluye así:

«Y tras tanta fatiga y largos años,
Regresa de cuadrúpedo a su tierra
Quien, yéndose en dos pies, volvióse en cuatro».

De otra índole, como un paréntesis de serenidad, fue el «Primer Registro Auténtico Nacional» que insertó leyes y decretos de casi una década.

En el océano del olvido están sepultadas centenas de publicaciones que no calaron hondo en la conciencia nacional. Chispazos, prendidos en interesadas circunstancias, se apagaron para siempre. La paciencia de los anticuarios desentierra aquella montaña de polvo y polilla. Con-benedictina constancia el doctor Carlos A. Rolando ha podido reunir más de mil periódicos que pertenecen a menos de un siglo de existencia autónoma. Otro problema es desentrañar el rombre de los redactores y colaboradores; ya a causa del matador anonimato de la prensa, ya por los infinitos seudónimos que han usado. Nombres de guerra esclarecidos pertenecen sólo a media docena de escritores. El infatigable Camilo Destruge historió el periodismo guayaquileño.

¿Para qué consignar sólo títulos como "El Argos", "El Ultramontano", "La Concordia" "El Patriota Con-

vencional", etc.? De más importancia fueron "El Seis de Marzo" y "El Nacional" de 1845.

Por el temple del hombre extraordinario que los redactó, merecen traerse a colación los tremendos periódicos de García Moreno, de tan sugestivas denominaciones: "El Zurriago", "El Vengador", "El Diablo" (1846-47). Roca, Flores recibían los dardos de fuego del sin igual Júpiter tonante. Preguntaba si al Ecuador llegará por fin un gobierno justo o "todavía seguirá siendo una tienda en manos de mercaderes corrompidos". "Imposible es presumirlo antes del combate que va a comprometerse entre la venalidad de una parte y el patriotismo de la otra. En efecto, la Convención, tal como está compuesta, aseméjase a una esfinge del género de las de Tebas: voz de hombre, cabeza de mujer, garras de león, alas de buitre, y..... rabo de borrico" (palabras del "Zurriago") Seguían los diálogos ingeniosos y mordaces, los cuadros vivos e hirientes, con alusiones personales, inclusive la de Villamagán «clérigo, gordo, harapiento y gangoso».

Insinuaba al pueblo que debe triunfar o morir. "El pueblo duerme, el tirano se acerca. El pueblo duerme y una horda de filibusteros rapaces, gente podrida en vicios, se acerca y va a caer sobre el hermoso país de los Incas. El pueblo duerme, y execrables traido-

res preparan en su seno una infernal conspiración. El pueblo duerme, y los verdugos buscan ya las víctimas para degollarlas. América duerme, y Flores tiene en sus manos las cadenas con que una vez más va a entregarnos maniatados al despotismo español" (palabras de "El Vengador")

Explicaba el objeto del periódico: despertar el patriotismo del público y defender la independencia nacional. Describe las horrorosas escenas de la invasión: "campiñas devastadas, poblaciones que mueren de hambre, mujeres perseguidas por los feroces invasores, puñales levantados en todas partes con el objeto de inmolar a los hijos de la libertad".

Epítetos suaves son los de "genízaros, traidores, bandidos, pobres diablos" que prodigó a los partidarios de los ungidos con la primera magistratura.

"El Ecuatoriano" defendió a Roca y "El Pueblo" a don Manuel Ascázubi.

En agosto de 1854 fue asesinado el General Juan Otamendi, que tantos desafueros había cometido en el país. Era conducido preso desde Yaguachi. El Capitán Manuel Antonio Zerda que mandaba la escolta informó «que el preso había hecho tentativas para seducir a los soldados de la escolta, a fin de evadirse, y que hasta llegó a apoderarse de un fusil con ánimo de hacer resistencia, de manera que fue inevitable hacer fuego».

Tal se lee en el parte elevado, por el señor Juan Illingworth, Comandante General del Distrito de Guayaquil.

Movió muchas plumas, que le dedicaron sentidos artículos necrológicos, la pérdida que experimentó la patria: lejos de ella bajó a la tumba Rocafuerte el 16 de mayo de 1847.

De nuevo se encendió la guerra civil. Surgieron los jefes supremos. La Constitución que tenía facultado al Congreso el derecho de elegir Presidente de la República, no lo hizo: las Cámaras acordaron encargar al Vicepresidente el Poder Ejecutivo. El señor Ascásubi, en consecuencia, se puso al frente de la Nación el 15 de octubre de 1849.

En este año, se registra "La Unión" de don Miguel Riofrío.

Las bandas armadas no cesaban de molestar, en varias secciones del país, a sus pacíficos moradores. La situación se ponía cada vez más difícil. El 20 de diciembre de 1849 proyectaron Robles y Urbina un golpe de cuartel en favor de Noboa, y el 20 de febrero de 1850 repitieron la intentona revolucionaria, no sin ardientes protestas de distinguidos militares de la guarnición de Quito.

Don Manuel Ascásubi cayó, lanzando al pueblo una exposición justificativa de sus actos. "Si es profundo el dolor que llevo a mi hogar doméstico, dijo, de ha-

ber visto a los partidos disputándose la triste y vergonzosa preferencia de corromper la disciplina militar y de hollar la Constitución, quedame al menos la consoladora persuasión de haber servido a mi Patria con celo y buena fe. Sólo la tea funesta de la revolución pudo paralizar los mejores materiales que mi ministerio inició con entusiasmo”.

Nueva Asamblea Nacional convocada por Noboa se reunió en Quito el 8 de diciembre, la que, por 23 votos, le eligió Presidente de la República el 25 de febrero de 1851.

De esa época es “El Conservador”.

Ningún periódico fue tan célebre durante el período gubernativo del General José María Urbina como “La Democracia” (1852 a 1857), si bien intemperante y fanático por su caudillo. Pero se recomienda, más que por su duración, por la categoría de las personas que lo redactaban: Marcos Espinel, Antonio Yerovi, Francisco J. Montalvo y Miguel Riofrio.

Es de notarse que Juan Montalvo enviaba sus impresiones juveniles, mirajes de viajero, correrías artísticas, bellos relatos desde Europa a “La Democracia”, y el historiador Pedro Fermín Cevallos despuntaba con los frutos de investigador prolijo. “Los quilates del escritor como su originalidad y tendencias, fueron apreciados des-

de el comienzo", dice el doctor Agustín L. Yerovi, refiriéndose a Montalvo.

Urbina no usó el cadalso político, dio libertad a los esclavos, expulsó a los jesuitas, se rodeó de hombres de talento y trató de arreglar la deuda exterior. Mediocre fue el período presidencial de Robles, que se prolongó de 1856 a 1859, en que dimitió. El 26 de setiembre partióse para Chile. Su impopularidad y cobardía desataron males sin cuento sobre la patria.

Después de que vuelve del destierro, al que le condujo los ataques en su semanario "La Nación", el temible, infatigable García Moreno pónese de nuevo en la brecha en 1857 con "La Unión Nacional", que también desató persecuciones sobre su cabeza por la violencia del estilo. En 1859, a raíz del triunvirato, sacó de la fragua de sus actividades políticas "El Primero de Mayo".

"Enmordazar la imprenta para sofocar la conciencia pública, transformar los colegios en cuarteles, embrutecer a la Nación suprimiendo toda especie de enseñanzas, erigir el robo en sistema, bajo el nombre de empréstitos forzosos, decretar la impunidad de los bandidos a sueldo, calumniar para perseguir, perseguir para aterrar, desterrar al desierto a inocentes, a sacerdotes que se resistieron a incensarle de lo alto de la cátedra, hartarse de sangre y lágrimas del pueblo; tal fue el gobierno de Urbina en el

interior", decía "La Unión Nacional"

En otro pasaje, tan sombrío como el anterior, llegaba a esta conclusión: que Urbina no ha practicado en su administración «un solo acto honroso» que «haya legitimado su usurpación ni encubierto sus crímenes a los ojos de la posteridad».

El veredicto de la historia es otro: fuese uno de la prensa apasionada, mina de descrédito, montaña de oprobio contra todo y contra todos.

Cuando el General Robles trasladó a Guayaquil el funcionamiento administrativo de la Capital, la Municipalidad de Quito levantó enérgico grito de protesta. El impresor Valencia, que editó la hoja suelta contra las facultades extraordinarias, fue fusilado traidoramente, crimen bárbaro que la libertad ha maldecido.

Contadas veces ha disfrutado el Ecuador de amplia tolerancia en la difusión del pensamiento, castigado las más de ellas con la violencia, el asesinato, el destierro, la clausura o despedazamiento de los talleres tipográficos, sin sujeción a ley alguna ni fórmula de juicio.

Raros han sido los procesos para establecer responsabilidades.

Al periodista Miguel Riofrio se le sometió a jurado de imprenta. Para evitar persecuciones, no obstante la razón de su parte, se vio constreñido a huír al Perú, sus-

pendiendo "El Industrial" en el vigésimo número.

Cuando García Moreno llegó a la Presidencia, uno de sus primeros actos fue amordazar la prensa. No atenúamos sus errores y desmanes, menos tan trascendentales como este abuso despótico; pero sí debemos consignar que incrementó el estudio de las ciencias, abrió muchos planteles de educación, estimuló la gimnasia y quiso con entusiasmo difundir arte, letras y sabiduría. Las publicaciones de índole docente comenzaron a propagarse. De indelebles recuerdos son la Politécnica, el Conservatorio de Música, el Colegio Militar, lo mismo que los varios programas para el estudio de matemáticas, física, química, botánica, geología. Enmudecieron los papelones políticos y de ruin censura. ¿Fue aquello un bien? ¿Fue un mal?.....

No somos de los que, en el afán de pintarle sólo como un monstruo, le hemos de negar méritos, y sobresalientes, al grande hombre.

Montalvo recién llegado de Europa y presa de grave enfermedad, escribíale a los 27 años, desde su lecho de dolor, patriótica y vibrante carta, fechada en la Bodeguita de Yaguachi, el 26 de setiembre de 1860. "Déjeme Ud. hablar con claridad, le decía: hay en Ud. elementos de héroe y de.... suavicemos la palabra, tirano". "Si triunfa, merecerá el perdón de los buenos ecuatorianos, y

su gloria no tendrá ya un insuperable obstáculo. En cuanto a mí, la suerte me ha condenado al sentimiento sin la facultad de obrar: una enfermedad me postra, tan injusta como encarnizada, para siempre tal vez, tal vez de modo pasajero; mas por ahora me asiste el vivísimo pesar de no poder incorporarme en esa expedición grandiosa; porque si de algo soy capaz, sería de la guerra; pero no en facciones, en luchas fratricidas; la sangre de mis compatriotas inocentes vertida por elevar o abatir a un quídam, me horroriza y acobarda”.

Fecha clásica en América lleva «El Iris»: 20 de julio de 1861. No en vano su redactor don Benjamín Pereira G. fue hijo de Colombia. Venía la revista en nombre de la paz, acariciando el proyecto de propagar las bellezas naturales del Ecuador junto con las biografías de sus hombres célebres. No desdeñaba algunas poesías y algo sobre cajas de ahorros. Se insertaron, en efecto, descripciones de parajes ecuatorianos, como de la Provincia de Pichincha, Loja, El Altar, los Andes, el Machángara, y biografías de Miguel de Santiago, Mejía, Juan Bautista Aguirre, Juan de Velasco, Pedro Vicente Maldonado. Útiles eran las indicaciones médicas. Hallamos en “El Iris” una corta y bella colaboración de Montalvo acerca de la educación de la mujer y lo que debe ser la perfecta. “La mujer es capaz de grandes hechos, escribía; harto lo ha

mostrado esa serie de amables e ilustres personajes que hicieron el encanto de los siglos". Cita a Corina, Safo, Cornelia, Lucrecia, Clelia y Juana de Arco. "Admiro un gran talento, agrega; mas la virtud, por escasa que sea, tiene a mis ojos más valía; aquello es bastante común entre los hombres; el género humano cuenta de lo segundo poca cosa". El artículo tenía por título "Dios a todo se acomoda".

En el mismo año se fundó la Academia Nacional, bajo la presidencia de García Moreno. Secretario fue el entonces Coronel Javier Salazar. También se organizaron algunas sociedades literarias.

El genio de Montalvo imprime nuevo rumbo a las publicaciones periódicas. Con su arte inimitable, con su erudición honda y oportuna, comunica tal galanura a la frase y sabe mezclar la amenidad con la doctrina moral e histórica, que sus enseñanzas brotan hasta de las polémicas preñadas de imprecaciones tremebundas. Contra la tiranía aguzó sus dardos certeros.

Surge "El Cosmopolita", como inaudito movimiento revolucionario en las ideas de libertad y en el concepto artístico. Puso en él su alma juvenil y generosa, como si tratara de grabar en bronce la historia del renacimiento literario. La psicología de Montalvo, cual en perfumada bujeta, guarda «El Cosmopolita». Se presen-

ta como maestro y apóstol, enseñando, como en áureos dáctilos, en prosa meliflua y señoril las bellezas de otros climas y otros mundos. El periódico por entregas ostentaba galas nunca vistas, deslumbrando con sus rayos al Gobierno efímero de don Benjamín Carrión, en 1866, como viril protesta contra despotismos irritantes. Callar era criminal; deber patriótico "exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido", declaraba el genio, rompiendo el silencio y bogando por la salvación de la libertad de imprenta.

A leguas de distancia quedaba "El Iris", aunque es preciso consignar que representó apreciable ejemplo artístico, en medio del fárrago de periodicuchos oficiales y de oposición, esa revista literaria, científica y noticiosa, que también salía por entregas y en la que constan artículos de Pedro Fermín Cevallos, Modesto Espinosa (Setosa), Pablo Herrera, Julio Zaldumbide.

Pero "El Cosmopolita" introdujo trascendentales reformas en el arte y en el campo ilustrativo. Se daban la mano, entre luminosas lecciones, el artículo político con el histórico, las impresiones de viaje con las sentencias de sana filosofía, todo en cláusulas rotundas y cautivadoras. Esta admirable enciclopedia ha pasado a la inmortalidad como la primera de las obras clásicas y eruditas del periodismo ecuatoriano.

Le salió al frente "La Patria" a combatir algunas ideas de Montalvo que, para la época en que se exteriorizaron, los timoratos las creían, no sólo irreverentes, sino anticristianas y abominables. "El Cosmopolita", con el ariete de la lógica, confundió a sus intolerantes adversarios.

Durante los breves y borrosos días del doctor Javier Espinosa, se registran "La Estrella de Mayo", "La Sociedad Republicana", "El Joven Liberal" y "El Eco Liberal". Este débil gobernante, que cayó por el golpe de Estado del 17 de enero de 1869— en menos tiempo que don Jerónimo Carrión— a quien forzaron a renunciar, como viera el transtorno de su administración, contempló también el transtorno de la naturaleza en el terrible terremoto de Ibarra, el 15 de agosto de 1868. Pero tuvo el acierto de nombrar a García Moreno, con amplias facultades, gobernador de Imbabura, la que, en ruinas por la conmoción terráquea, le debió, como un padre, la conservación de lo que quedaba.

De él y de otros escritores circularon relatos patéticos relativos a la catástrofe.

Desde Caranqui dirigió García Moreno un oficio al Ministro de lo Interior, describiéndole el cuadro que sus ojos habían presenciado en la excursión por los pueblos de la margen izquierda del Ambi y exponiendo su pare-

cer científico acerca del origen de la catástrofe, rectificando así los erróneos comentarios populares.

"Si me fuera permitido aventurar mi opinión sobre la verdadera causa de la catástrofe que ha destruído esta populosa y adelantada provincia de Imbabura, dejando de 15 a 20 mil cadáveres insepultos, y sumiendo en la miseria a más de cincuenta mil que sobreviven, yo diría que la conmoción fue producida por una inmensa ola de gases comprimidos que en las regiones internas del globo estallaron y se abrieron paso por las hendiduras y cavernas subterráneas de los Andes, sembrando de ruinas y cadáveres la línea que ha recorrido; y que es muy probable que esta enorme conmoción, acaso la mayor de que hay noticia en los tiempos históricos, se haya extendido desde el Sur de Chile hasta las costas occidentales de la América del Norte, asolando comarcas enteras".

«La Estrella de Mayo», que acariciaba fines electorales, no dejó de fastidiar con sátiras y censuras a Montalvo. El periódico «El Nacional» se entretuvo en laudatorias a García Moreno, entrando en polémicas con los que le combatían.

Caído violentamente de las alturas Espinosa, de nuevo surge el hombre temible que castiga con crueldad a periodistas de la talla de Miguel Valverde y Federico

Proaño, redactores de "La Nueva Era" que, en Guayaquil, proclamaban la candidatura del doctor Borrero.

"El Alba" fue periódico juvenil quiteño que se recuerda por aquellos tiempos; presagio quizá de una alborada sangrienta.

Muerto trágicamente el formidable e impetuoso mandatario que regía con férrea pujanza los destinos del país, surgió el doctor Antonio Borrero, ilustrado juriscónsul tocuencano, que más tarde refutaría muchos actos de García Moreno. Tolerante y culto, respetó a la prensa, que no tardó en desbordarse. Entonces el quincenario religioso "La Libertad Cristiana", se entretuvo en desmentir a las entregas de "La Túnica de César".

Distinguidos liberales como Manuel Semblantes, Federico Proaño y otros que leían a Montalvo, atacaron rudamente a Borrero, en el "Joven Liberal". Célebre fue "El Pichincha", (1876) que mezclaba amenaza literaria a sus artículos políticos.

En 1876 la Capital de la República se congratuló por un acontecimiento que recordaba nobles lecciones de pasados días: la aparición de "El Regenerador". La pluma de oro de Montalvo volvía al combate, airosa y llena de fe en la libertad humana.

Borrero que subió al solio por la voluntad de los pueblos y apoyado en treinta y ocho mil votos, vio des-

baratarse su castillo de naipes. Hombre débil, no tuvo valor para modificar la Constitución garciana. La revolución del ocho de setiembre le echó al suelo.

Se alzó Veintimilla, que no fue partidario de la libertad de imprenta.

El virtuoso Pedro Carbo la defendió con calor en la Convención de Ambato; pero el que más tarde se mancharía con un nuevo crimen: la dictadura, desterró a Montalvo la misma noche de haber publicado éste "El ejemplo es oro", en el primer número de "El Boletín de la Paz" que fundó. Más tarde, desde Panamá, se dedicó a fulminar sus doce tremendas *Catilinarias*, que han inmortalizado grotescamente a Ignacio de Veintimilla, José María Urbina y otros políticos que fatigaron la cólera del genio.

Nunca el insulto, volando en alas de la fantasía y recorriendo las infernales moradas de los pecados capitales, se deleitó tan sangrientamente en abofetear, como lo hizo Montalvo, grabando en granito figurones que despiertan lástima y provocan a veces carcajadas.

«Puede un tirano ahogar la imprenta en los contornos de su jurisdicción, dice; la imprenta vive en el proscrito, huye con él, y puesta en salvo con su amigo, da ayes profundos, voces altas que hacen temblar a los opresores de los pueblos. ¿Qué fuera de éstos si, con a-

sesinar a unos, sepultar en prisiones a otros, tener aterrados a los demás hijos de la patria, los tiranuelos hubieran coronado su obra? Mudas están las víctimas en su presencia; pero hablan al exterior: ventrílocuos prodigiosos, le tienen aturdido al capataz ignorante que, látigo en mano, se está volviendo a un lado y a otro, sin saber en dónde ha de dejar caer el brazo».

Por el mismo camino del ostracismo siguió Federico Proaño, culpable de un acusador artículo difundido desde «Los Andes» de Guayaquil.

Data del 10 de junio de 1878 otra joya política y doctrinaria de Montalvo: «El Desperezo del Regenerador» A este año corresponde el importantísimo «Boletín del Observatorio Astronómico de Quito» que publicó Juan B. Menten, director del Observatorio.

Abraza el vasto campo de las ciencias naturales, el mundo de lo desconocido. Interesa la ojeada sobre astronomía que comprende la erudita introducción, como bal se para explayarse en el sentimiento de la naturaleza y en el origen y formación del universo. Allí se registran curiosos datos sobre la erupción del Cotopaxi del 23 de agosto de 1878 y los temblores del 15 de octubre; junto con nociones acerca del clima en general y preferentemente del Ecuador, examen de los meteoros y del paso de Venus; allí las indicaciones geológicas, el tratado so-

bre la influencia de la Astronomía, los estudios sobre el mapa de la República, los apuntes del doctor Wolf acerca del clima de Galápagos, y un largo resumen meteorológico que llega hasta marzo de 1882.

Hasta aquí sólo periódicos, que salían de vez en cuando, se conocieron en Quito. El primer diario, aunque de pequeño formato, fue "El Vigilante" de don Manuel Gallegos Naranjo (17 de diciembre de 1878). Murió pronto, pero en 1883 otro diario "Los Principios" de don Angel Polibio Chaves, vivió algo más de un centenar de números.

Un año antes de su muerte, en 1929, el doctor Chaves publicó una colección de sus escritos con el nombre de "Libro de Recortes". Allí insiste, en dos pasajes, en que aquél fue el primer diario de Quito. En la lista de periódicos fundados y redactados por el doctor Chaves constan, refiriéndonos sólo a la Capital, los siguientes:

"El Pichincha", revista en asocio de los señores Carlos R. Tobar, Idelfonso Díaz del Castillo, 1876—La Nigua—Quito—, atribuida, entonces, al señor doctor don José Rafael Arízaga— se publicó el primer número el primero de enero de 1876— Los Principios: se publicó el prospecto el doce de enero de 1883 y salió el primer número tres días después. Mereció medalla de oro en la exposición centenaria de 1909.— El Ecuatoriano, bisemanal,

Quito, 2 de julio de 1887.— El Independiente, bisemanal, Quito, 20 de diciembre de 1889 — El Gufo Militar, Quito, 27 de diciembre 1893.— El Atalaya, Quito, 3 de Octubre de 1893.— El Orden, diario, Quito, 12 de setiembre de 1906.— Revista Militar, desde el número 13, 31 de enero de 1894, hasta el número 25, de diciembre de 1895”.

“La Revista Literaria” dejó de consagrarse a las bellas letras para transformarse en política contra el dictador Veintimilla. Alma de ella, por sus ataques violentos, fue don Quintiliano Sánchez. El poeta Nicolás Augusto González fundó en 1880 “El Orbe”.

El domingo 18 de febrero de 1883 se reinstaló la Universidad y aparecieron sus “Anales”. De ella decían éstos en su prospecto que “se presenta hoy al mundo llena de vida y lozanía cual si no hubiese estado más de dos años rodeada de sombras de muerte”.

La institución fue víctima del Decreto del Congreso de 1880. Al abrir sus puertas resonaron los acordes del Himno Nacional. El doctor José Modesto Espinosa, Ministro de lo Interior, pronunció fervoroso discurso en la “resurrección de este respetable cuerpo científico y literario, sano y vigoroso, de su lóbrega tumba”. El Rector, doctor Camilo Ponce, expresó que no era posible el concierto entre la Universidad y Veintemilla. El alum-

no de Medicina Manuel María Casares condenó la dictadura y el de Jurisprudencia Pacífico Villagómez, defendiendo a la Universidad de 1878, atacó a la tiranía, asesina de toda instrucción. El doctor Luis Cordero, miembro del Gobierno Provisional, bendijo, en bello discurso, la aparición de la luz.

A raíz de la Restauración, don Rafael María Mata crea "El Gorro Frigio", censurado eclesiásticamente, y, por tanto, de lectura entonces prohibida.

Debe anotarse el 15 de mayo de 1885 por ser fecha de la fundación de "El Municipio". Al mismo año corresponde el "Diario de Debates".

El 15 de marzo de 1885 se estableció la Escuela Literaria, con el patriótico deseo de progreso e ilustración, según decía en el discurso inaugural su Presidente don Vicente Pallares Peñafiel. Las primeras líneas del periódico fueron trazadas desde Atocha por don Juan León Mera, quien se expresaba así: "Hacen, pues, bien los jóvenes quiteños de empeñarse en el estudio de las Bellas Letras y más cuando no por ello renuncian el culto de las ciencias, hermanas mayores de aquéllas". Como órgano de la asociación juvenil se encuentra, desde enero de 1816, la «Revista de la Escuela de Literatura». El directorio de este año se integraba así: Presidente, N. Clemente Ponce; Vice-presidente, J. Trajano Mera; Secretario, Vi-

cente Pallares P.; Tesorero, Alvaro Terneus.

En 1886, don Leonidas Pallares Arteta ensayó un periodiquito, "El Comercial" que no gozó de larga existencia.

Bajo la presidencia del doctor Antonio Flores midieron sus armas en la arena periodística algunos voceros de miras diversas, porque el progresista gobernante respetó la libertad de imprenta. El mismo organizó "El Telegrama", diario que lo redactó el doctor Angel Polibio Chaves hasta el 31 de diciembre de 1889, y los señores Leonidas Pallares Arteta y Eloy Proaño y Vega desde el doce de enero de 1890.

De 1889 son "El Independiente" y "El Dorado", éste netamente católico. En los anales de las buenas letras se marca un acontecimiento: la "Revista Ecuatoriana" que conquistó puesto de honor. Plumas relevantes mantuvieron tan alto prestigio. Apareció el 31 de enero de 1889, bajo la dirección de los señores Vicente Pallares Peñafiel y J. Trajano Mera, que eran los propietarios de la empresa.

Merecería párrafo especial de encomio tan correcta y amena revista, en la que el aficionado a la gaya literatura puede beber como en claro manantial. Sus miras fueron amplias. Excluía la política interior y militante. Convocaba abiertamente a todos, considerando "que, en la república de las letras— según lo decían sus

directores— sólo el talento y el corazón alcanzan la primacía; sólo el estudio, la inspiración y las nobles aptitudes pueden aspirar al merecido premio". Se proponían también defender a la patria de las falsas imputaciones que venían de afuera, "como han llegado ya, en varias ocasiones, esos gritos desacordes lanzados en playas extranjeras". (1)

De igual año data "El Constitucional" de polémica religiosa; en el que su redactor Dr. José Peralta se defendió de los ataques del doctor González Suárez, a propósito de las reminiscencias de Vigil.

Siguen más publicaciones efímeras: "El Centinela", "La Epoca", "La República" (1890); "El Progresista", "La Voz del Patriotismo", "El Partido Liberal", "El Aríete" (1891); "La Libertad Cristiana", "La Voz de la Verdad, (1892), etc. La "Revista Militar" (1892) fue órgano de la "Sociedad Militar" de Quito, especialmente dedicada al Colegio Militar y Escuela Naval. El General doctor José María Sarasti figuró al comienzo como redactor en jefe.

(1) *Su espíritu amplio y tolerante se comprueba en la nota necrológica que, en el segundo número, dedican a Montalvo, reconociendo sus merecimientos. La "Revista Ecuatoriana" constaba de cuarenta páginas. En ella escribiera la planà mayor de la literatura nacio-*

La pluma atildada del doctor Aparicio Ortega produjo «El Espectador», como anuncio de lo que después serían «El Foro» y «El Caucho».

Comenzó el doctor Luis Cordero ofreciendo plena libertad de imprenta. En su breve lapso presidencial surgieron periódicos de filiación religiosa como «El Industrial» del obrero Julián San Martín. Dimitió en 1895.

El doctor Emilio M. Terán, secretario particular del doctor Cordero, dirigió «El Republicano». Difícil era aclimatar el diarismo por la hostilidad ambiente. El doctor Vicente Paz trató de vencer la rebeldía con «El Heraldo», pero tuvo mala suerte, porque, por una frase descarnada que mortificaba al patriotismo nacional, turbas asaltaron el diario y despedazaron la imprenta.

Don Ramón Xiques Arango fundó en 1895 «El Diario de Quito». Singularmente citaremos a «El Correo

nal, comenzando, en orden alfabético, por los Arízaga, Rafael M. y Manuel N., y terminando con Víctor León Vivar, Honorato Vázquez y Atanasio Zaldumbide. La lista es enorme y de valía. En el prospecto citan las revistas "El Iris", "El Pichincha", los "Anales de la Universidad", la "Revista de la Escuela de Literatura" que miraban "como cosa propia a la vez que como obligado antecedente de la nuestra", para no referirnos sino a las quiteñas. Además incluían las Memorias de la Academia Ecuatoriana"



Nacional», voz de somatén, diario revolucionario y liberal que vivió pocos días porque cambió la pluma por el fusil. En él empezó a destellar la espontaneidad periodística de Manuel J. Calle.

En 1896, la Sociedad Fígaro, compuesta de inteligentes jóvenes, fundó una revista literaria, órgano de la institución.

Había sonado ya el clarín de la transformación política, que trajo al poder al partido liberal. Durante su dominio, la prensa fue vivificada por un soplo de tolerancia, pero, con todo, no siempre se respetó la libertad de imprenta. Hubo ataques a los talleres tipográficos y se persiguió y desterró a no pocos periodistas. De las filas del pensamiento pagaron con su vida Víctor León Vivar, talento que había dado excelentes frutos, Belisario Torres, Luciano Coral.

Alfaro subvencionó espléndidamente a varios periódicos liberales, redactados por plumas extranjeras, como la brillante de Juan de Dios Uribe, y por nacionales, como las, de Aristizábal, Manuel J. Calle, Mora López y otros.

El temperamento movible y nervioso del periodista cuencano Calle, que pasó sus mejores días en Quito, y después de sostenida lid en Guayaquil, falleció en el puerto, fundaba y mataba diarios en la capital, como «E

Diario de Quito», «La Mañana», el «Nuevo Régimen» que por separado mantuvo un suplemento ameno llamado «La Semana Literaria», «El Radical», el semanario crítico «El Buscapié».

Por el año de 1904, un grupo de fervorosos muchachos fundó la Sociedad Científico—Literaria «Cervantes» que volvió célebre la revista “Albores Literarios”, órgano de la institución juvenil, la que dedicó al Manco de Lepanto un hermoso número especial.

No ha de echarse en saco roto la primera revista pedagógica, que tuvo dos largas épocas, creada por el gran maestro ecuatoriano don Daniel Enrique Proaño e intitulada “La Educación Popular”, en la que se esbozaban adelantos y sugerencias para las escuelas, que tardaron mucho tiempo en presentarse después como novedades en la enseñanza.

Alentó algún tiempo la revista semanal, en corto formato, bautizada como “La Familia Cristiana”. (1897)

Hizo época en las letras el semanario de BENVENUTO (el seudónimo más conocido de Calle antes del de Ernesto Mora) denominado “Revista de Quito”, que comenzó a salir en 1898. Coleccionada en cuatro tomos, en los que constan colaboraciones de autores liberales, la novela “Carlota”, junto con importantes trabajos literarios y políticos de la trascendencia del que se ocultaba con

el seudónimo de Fray Colás, etc. traza una estela en el turbulento mar de las letras quiteñas.

Mucho menos vivió "El Album Ecuatoriano" que exhibía siluetas de notabilidades intelectuales y sociales del país.

A esos mismos días pertenecen las revistas "El Ecuador Literario", la de los religiosos dominicos "La Corona de María" y la de temas escolares "La Estrella del Ecuador" del doctor Torres, ex mercedario.

Con motivo del feliz hallazgo de los restos del Mariscal de Ayacucho en el monasterio del Carmen Moderno y de los honores que se tributaron a esas reliquias en los albores de este siglo, surgieron varias publicaciones. La revista quiteña consagrada al Ejército "La Ilustración Militar", que mensualmente se mantuvo en la brecha por más de seis años, preparó ediciones extraordinarias al Vencedor del Pichincha. Con el mismo objeto conmemorativo, el semanario "La Sanción" del señor Albornoz, enlutó sus columnas el cuatro de julio de 1900.

Se encendían, para apagarse en seguida, faros de la prensa como "El Pichincha", "La Comadreja", "El Shiry", "El Tren", "El Quiteño", "La Mañana", "El Diario", y tantos otros, brotados a merced del esfuerzo personal o de algunas corporaciones que, a veces, ni ellas mismas perduraban algunos lustros o siquiera meses.

El afán femenino se cristalizó en la revista "La Mujer", hábilmente dirigida por la gran escritora doña Zoila Ugarte de Landívar, de tan fina penetración crítica y de tanta galanura del lenguaje. En sus páginas se registra la firma de la sentimental poetisa y dramaturga doña Mercedes González de Moscoso, entre otras colaboradoras femeninas. (1905) En ella se admiran también sentidos relatos, lindos versos y generosos empeños culturales.

Tal, siquiera a grandes rasgos, el estado del periodismo quiteño, de fugitivos triunfos y ruidosas caídas, de encomiásticos desvelos y rotundos fracasos, hasta que despuntó, en la mañana del primero de enero de 1906, el diario "El Comercio". Agil venía a militar en las filas de la prensa nacional, que, con excepciones honrosísimas, ha sido atacada del contagioso mal de la inconstancia, que en el Ecuador casi es epidémico.

Imperturbable ha seguido la ruta, sin desviarse un punto, hasta coronar su cuarto de siglo.

Quito, Jueves primero de Enero de 1931.



EL ECO DEL AZUAY

Cuenca, la amplia y radiosa esfera intelectual, se engalana con una especie de P. Feijoo, que estuvo infatigablemente despertando el amor a la lectura y a la ciencia entre sus compatriotas. Su vasta ilustración y espíritu de tolerancia, como los del célebre benedictino, habría encomiado, en pleno palenque de prejuicios batalladores, la sutil pluma del que escribió la historia de aquel Rey de Suecia distinguido como Carlos II.

De conocer a Fray Vicente Solano' el severo crítico y literal observador de los clásicos preceptos literarios, Lista, ¿habría repetido lo que de Feijoo cuentan que dijo al inclinarse a levantarle una estatua? El sabio monje español no retrocedió ni ante los rigores inquisitoriales. Tal habría sucedido con el insigne periodista cuencano que nos ha traído los bienes del pensar y de la duda.

En edad viril, tal vez a los 37 años, fundó en la ciudad del Tomebamba el primer periódico de las provincias australes con el nombre de "El Eco del Azuay", en 1828, acontecimiento cultural en el que fue ayudado por el buen ciudadano don Francisco Eugenio Tamariz. En el primitivo periódico cuencano se hablaba con calor sobre el remedio para los errores que eclipsan el corazón y

el entendimiento del hombre. ¿Cuál era la mágica medicina? "Acostumbrar a los pueblos a que escuchen la imperiosa voz de la razón". Esta declaratoria constituye admirable programa, tanto más luminoso cuanto que el tiempo no daba facilidades para tal confesión de fe, que todavía sorprende en nuestros días.

El P. Solano se educó en Quito. A la Recoleta de San Diego vino en 1809. Tres años enseñó filosofía. Vuelto a su tierra natal, se consagró a largas meditaciones en el retiro de la hacienda "La Papaya". Su tarea intelectual fue copiosa: máximas, sentencias, pensamientos, biografías de hombres célebres del siglo XIX, nociones de física e historia natural, páginas de agricultura estudio de diversidad de plantas, cultivo del algodón. defensa de Cuenca y cuanto de provechoso abarcó su cerebro.

"El Eco del Azuay", en el que discurrió acerca de labores del campo y de geología, siguieron sus periódicos de crítica y polémica, de sátira social, como "La Alforja", "El Telescopio", "El Semanario Eclesiástico" "La Luz", "La Escoba".

Polemista fogoso, cruzó sus armas intelectuales con don Antonio José de Irisarri, con el doctor Mariano Veintimilla, con el Obispo de Popayán.

Combatió con brío contra la expedición del Gene-

ral Lamar.

Sus ideas en política fueron muy originales. Soñaba con un imperio republicano en los Andes. Naturalmente el Emperador debía ser Bolívar. Quizá en esa tumultuosa éra de honda conmoción, cuando la vida republicana comenzaba a ensayarse, el proyecto no escandalizó a las flamantes demócracias. Estaba apoyado en la humildad y honradez insospechables de su autor, varón de rígidas costumbres.

El P. Solano murió el 2 de abril de 1865. Había nacido en 1791 ó 1792, según su esmerado biógrafo doctor Antonio Borrero que en la calma de Challuabamba trazó, en 1883, la vida de tan conspicuo periodista, pensador y hombre de ciencia.

Al conmemorar la primera centuria de "El Eco del Azuay", que pone de relieve la valía de su fundador, se ha insinuado la convocatoria de un congreso periodístico ecuatoriano. Bello es el proyecto. Queda el pensamiento de su realización, venciendo obstáculos y unificando voluntades, aquí donde la prensa no siempre ha fortalecido los lazos de amor entre la familia ecuatoriana, sino que a las veces ha abierto no pocos abismos, porque la unión no es todavía disciplina civilizadora.

De todas maneras, bien merece grabarse en letras de oro, en la historia del periodismo nacional, el prístino es-

fuerzo de un escritor que surgió al mundo en las agonías del período colonial para irradiar, en la alborada republicana, los lampos de su ingenio sirviéndose de la prensa, todavía en pañales, no obstante la clara visión del sublime precursor Espejo.

Admira que ese genial encapuchado— varón de austeridad y de estudio—,lograra columbrar lo que sería el periodismo moderno.

Esto nos recuerda lo que deplorando la misteriosa muerte de Luis de Sirval, escribiera Antonio Espina, su querido compañero:

«Sirval era el periodista "moderno" en toda la extensión y finura de este concepto. Esto quiere decir que enfocaba la vida de un modo riguroso, persiguiendo la exactitud del hecho y la esencialidad de su forma, sin dejar nada a las deformaciones de la fantasía informativa, tan del gusto del viejo periodismo. Sirval empleaba la fantasía cuando hacía falta. Cuando ya bien dibujada y distinta la realidad sorprendida por él, entraba de lleno en la narración literaria, en el comentario personal, donde el matiz irónico y la pulcritud de estilo le proporcionaron siempre sus mejores hallazgos. Sirval, cronista «del eco vivo y la visión directa», llegó a una altura que nadie ha superado en estos últimos tiempos. Aquellas crónicas parlamentarias que publicó en «La Libertad» du-

rante las Cortes constituyentes— y que luego coleccionó en un libro titulado «Huellas de las Constituyentes»—son un modelo perfecto del género. Espíritu curioso de todos los espectáculos de nuestro tiempo, siempre tuvo la maleta dispuesta— alerta los sentidos— para emprender la ruta. Quiso ver por sus propios ojos la experiencia colonial de España en Marruecos, y el panorama comunista de la nueva Rusia, y los ensayos fascistas en Italia y Alemania. Y allá fue a ver y a describir. A transmitir después a sus compatriotas las sensaciones que él experimentaba primero, con toda su alma plena de honradez, con su verbo ágil de escritor, con su admirable serenidad de juicio.

“En todos esos lugares de la tierra, Sirval fue el testigo escrupuloso de los acontecimientos. La comprensión y aun la disculpa generosa de los humanos yerros no le impidieron jamás reflejar en sus relatos los episodios y las figuras que pasaron ante su vista manchadas con el barro del delito, si éste era imperdonable, de la misma manera que sabía poner de manifiesto sin retóricas exageraciones, pero con íntimo goce, el episodio ejemplar y el proceder heroico.

“Luis de Sirval era el tipo perfecto, repetimos, del gran periodista moderno. Todo lo contrario, pues, de lo que en este menester determinado fue y significó el pe-

riodista del viejo régimen, adulator y cortesano en casi todos los casos, entregado comunmente a la provechosa servidumbre de «los de arriba», a quienes, comunmente también, sabían recompensar con largueza los amables oficios de sus jaleadores y voceros. Tipo era éste muy copioso en el siglo XIX, cuyo más alto ejemplar fue aquel famoso testigo de la guerra de Africa, don Pedro Antonio de Alarcón, literato notable a la par que incondicional y encomiástico cronista de sus amigos los generales palatinos (salvo Prin) de Isabel II.

«En España existe ya un grupo selecto de periodistas a la moderna. Escritores que tienen de la profesión periodística un concepto europeo y la practican con una austeridad espiritual que colmaría de asombro a nuestros acomodaticios congéneres del siglo XIX y XX .A este grupo de excelentes cronistas, cuya labor salta, y puede hacerlo sin detrimento de la calidad literaria, de las columnas de los diarios a las páginas del libro de información y crítica, pertenecía Luis de Sirval».

No es poca gloria que Fray Vicente Solano, cosa de setenta años después de haber bajado a la tumba, incitara a recordar en justicia, a propósito de Sirval, al tipo del periodista moderno que con su claro talento columbró — aunque en un medio ambiente reducido y preñado de dificultades, el fundador de "El Eco del Azuay", pri-

mer periódico de la ciudad de Cuenca.

Este rarísimo franciscano era enciclopedia viviente. Empeñábase en dar amenidad a los artículos cortos que sobre variadas materias trazara su pluma inquieta.

Como todo se aprecia dentro de la relatividad, para el tiempo en que se agitó su espíritu, figura en primera línea en el periodismo de su patria.

No pocas de sus ideas no desentonarían ahora, no obstante la marcha de la ciencia y las nuevas orientaciones de las materias que desfloró, en el afán de mostrarse erudito y aleccionar al pueblo.

El mismo Simón Bolívar, al que sobreviviera siete lustros, se asombraba del saber de Fray Vicente Solano.

Sorprende que en un rincón de los Andes, en ciudad quieta y escondida del mundanal bullicio, hubiera podido asimilar tantos conocimientos y darlos lacónicamente a los lectores, alerta en todo momento a la réplica y lleno de infatigable curiosidad para inquirir no solamente lo que se desarrollaba en su rededor— muy poco desde luego— sino lo que acontecía en teatros lejanos y bajo vastos horizontes, en las apartadas comarcas de la tierra.

CENTENARIO DE "EL QUITEÑO LIBRE"

(12 de Mayo de 1933.)

¡Cien años ha que la semilla de martirio del periodismo, sembrada por el precursor Espejo, rindió opimos frutos!

Luis de Valencia ha dicho que «el precio de la libertad consiste en el sacrificio de los apetitos egoístas en el individuo y en su amor a la justicia». Varones desinteresados y escasos de fortuna como el ilustre quiteño fundador del periodismo nacional y como Pedro Moncayo y sus compañeros, todo lo sacrificaron por el ideal.

Un Congreso fatídico, el de 1833, dio hachazos de muerte contra la libertad de imprenta, concediendo despóticas facultades extraordinarias al Ejecutivo y desfiguró despiadadamente los hechos de la historia nacional acaecidos el 10 de Octubre, cuando esos mismos tristes acontecimientos fueron preparados en mala parte por varios falsos representantes del pueblo, como añagaza contra los próceres.

Ese Congreso trató de corromper las puras doctrinas del liberalismo, sustentadas por un puñado de íntegros y austeros pensadores que se adelantaban a su época.

Para la libre emisión del pensamiento se fundó en Quito, con un nombre muy expresivo, que revelaba el carácter de los habitantes de la Capital de la República del Ecuador, un periódico de franca oposición contra el gobierno y de censura desenfadada de sus actos ilegales. Fue fruto de cívica asociación, que recordaba la que se denominó «Escuela de la Concordia». Este centro político de abierto combate a la administración del General Flores, era «El Quiteño Libre», que miraba con desagrado las inmoralidades de la vida pública y social: la introducción del agio, los abusos del contrabando, la filtración de los fondos fiscales, el favoritismo a gente ignorante y criminal, aventureros de charreteras, todo lo que el Ministro de Hacienda, García del Río, se veía impotente para contener con el débil estímulo de sus numerosas disposiciones y circulares. El mal pedía a gritos más positiva sanción: estaba arraigado y difunido. Convenía que el pueblo lo supiese para que aprendiera a distinguir a sus enemigos y formular contra ellos anatema.

En abril de 1833, la sociedad ya se había organizado. «Fundáronla, dice el gran historiador Pedro Fermín Cevallos, los señores General Sáenz, Presidente de ella; José Miguel Morguitio, Secretario; Pedro Moncayo, redactor del periódico que iba a publicarse; General Matheu, Coronel Hall, Ignacio Zaldumbide, Manuel y Ro-

berto Ascázubi, Vicente Sans, Manuel Ontaneda, Coronel Wrigh y Comandante Pablo Barrera, casi todos hombres de cuenta por su instrucción, talento, caudal o familias a que pertenecían».

Brilló el primer número de «El Quiteño Libre» en la aurora del 12 de Mayo de 1833, estremeciendo el patriotismo de los ecuatorianos. Ese clarín de verdades, que respiraba civismo y amor a la honradez republicana, fue el sacudimiento de la conciencia nacional, en medio de cierta cobardía que iba enseñorándose de la idea escrita que muchos no se atrevían a promulgarla de un confín a otro de la nación, tan combatida por desgracias públicas y privadas, por el militarismo despótico y extranjero, por la postración económica, por las incorrecciones bancarias, por los derroches oficiales, por lo feble de la moneda que no salía del legítimo cuño, por la impunidad del crimen, el nepotismo; el privilegio burocrático para los favorecidos administrativamente, el quebranto de las leyes, la creación de cargos lujosos e innecesarios, etc.

Cuatro meses solamente estuvo resonando esa valiente voz denunciadora. No pudo ser más probo y categórico su programa, tendiente «a defender las leyes, derechos y libertades del país; a denunciar toda especie de arbitrariedad, dilapidación y pillaje de la hacienda pública; a confirmar y generalizar la opinión en cuanto a los ver-

daderos intereses de la nación, y a defender a los oprimidos y atacar a los opresores»,

Honra a la prensa quiteña una manifestación tan enérgica y moral de la doctrina cívica en que apoyaba «El Quiteño Libre» sus labores, y en qué tiempos de tanto peligro, cuando las garantías individuales eran un mito, tanto por la burla que de ellas hacían las primeras autoridades, como también las secundarias y la gente de uniforme.

Como «El Quiteño Libre» enviaba directamente sus saetas de fuego contra el Presidente de la República, denunciándole como responsable de la falta de sal para el pueblo, el General Flores se defendió, entregándose al poder judicial, quien le había de declarar sin culpa. Contra los ataques del violento periódico de oposición, fundáronse varias publicaciones oficiales, encargadas de contestar argumentos y sostener la polémica, agria, tempestuosa, henchida de odio contra las bizarras plumas que después crearon el periódico "Las Facultades Extraordinarias", que fue producción de la misma sociedad de "El Quiteño Libre", según el autorizado historiador que nos sirve de guía.

Los ánimos seguían enconados, se hablaba de conspiración, se calumniaba a los redactores del enérgico periódico como a revolucionarios, se pedía facultades extra-

ordinarias en el Congreso para castigar a los que no pensaban en armonía con el gobierno. El iniciador de la petición de las tan funestas facultades fue el diputado José Antonio Marcos, que no sentía en su corazón la llama de la caridad. Le apoyaron los diputados Peñafiel, violento y partidario de urgentes medidas, y Beltrán quien, sin piedad alguna, sostenía la necesidad de procedimientos crueles. Según él, "debía cortarse un miembro gangrenado para conservar la salud del Cuerpo Político, así como se practicaba en el cuerpo humano."

Fueron, pues, apresados los socios de "El Quiteño Libre", figurando a la cabeza el intrépido joven Pedro Moncayo, ilustre imbabureño, que más tarde, ciego y proscrito, reconstruiría, confiado en el poderoso arsenal de su memoria, la historia ecuatoriana de una época turbulenta, una vez que sus apuntaciones y papeles fueron pasto de las llamas en Chile. Fugaron o permanecieron ocultos varios de los perseguidos a quienes se les buscaba con saña incontenible.

Ultrajada la idea, acallada la voz de la prensa, amenazados sus redactores, presos algunos, desterrados otros, el heraldo de las libertades, como protesta, enlutó las columnas del número décimo noveno. Las multitudes contemplaban un bélico horizonte.

El volcán estalló al fin, Mena se hizo nombrar,

en Guayaquil, Jefe Militar. Lástima que este hombre oscuro hubiera capitaneado la revuelta, rodeándose de insignificantes secuaces que se entregaron al saqueo y al crimen. Rocafuerte tristemente cayó en sus redes.

Y patrocinó una revuelta de cuartel..... Flores se dispuso a contener la insurrección y partió a Guayaquil el 18 de Octubre, llevando consigo tropas de infantería.

En débil país de condescendencias y favoritismos, de engaños y tramas políticas, no faltaron tramoyistas desleales, cabos y sargentos que armaron funesta emboscada a un puñado de patriotas de Quito, conspiradores de buena fe, que intentaron tomarse el cuartel y fueron víctimas de la perfidia. En vano los vítores llamativos al periódico "El Quiteño Libre." "Al amanecer del 21, cuenta Cevallos, se vio desnudo y colgado en un poste el cadáver del Coronel Hall, de orden del Vicepresidente Larrea, y desnudos, asimismo, los de Albán, Conde y Echarique. Hall, que era miope, había montado a caballo para no tener que andar a tientas, y esta precaución, con la cual vino su bulto a dibujarse más fácilmente entre las sombras de la noche, presentó un blanco que hizo certero el golpe que le dirigieron. Albán era uno de los ocho atletas que asaltaron y rindieron, a lo menos por algunos instantes, el cuartel de los españoles, el 2 de Agosto de 1810."

Tal fue el trágico fin del segundo mártir del periodismo ecuatoriano. El primero, Espejo, salió de su obscura mazmorra al sepulcro. El filósofo Francisco Hall, de nacionalidad inglesa, fue expuesto ignominiosamente en la picota. Su enorme instrucción, el estudio de las doctrinas de Bentham, su lealtad a Sucre, su intrepidez en las luchas por la independencia, su morada modesta, su vida metódica, le granjeaban las simpatías de amigos y partidarios. El infortunado Coronel se destacaba por auténticos merecimientos.

Seres minúsculos, filoxera política que destruye las raíces del árbol de la libertad, plaga social que vive de la intriga, trataron de ofuscar la serenidad de patriotas como Hall, provocándoles a que se mezclaran en la guerra civil, siguiendo el ejemplo de la revolución del 12 de Octubre que estallara en Guayaquil. Algunos, inexpertamente, pagaron con su vida el delito de alimentar ideales y propagarlos por la prensa.

Individuos que por su misión estaban obligados a perdonar al prójimo y sobresalir por sus acciones caritativas, iniciaron la petición de las odiosas «facultades extraordinarias», aprobada con sólo siete votos en contra. La verdad, verdad amarga como el ajeno, es saludable. Si el sacrificio sucede a la exhibición de sacrosantos principios, a la honrada confesión de fe de los que delatan

crímenes políticos, al fin los corazones justicieros tributan, aunque sea tardíamente, el homenaje que merecen héroes y mártires, voluntades firmes y generosas. El ruin y el pusilánime se niegan a reconocer las ajenas virtudes; pero el espíritu viril las aclama.

¡Loor a los ilustres campeones que de la fragua de sus cerebros hicieron brotar la chispa de "El Quiteño Libre"!

¡Cien años han transcurrido! A través del tiempo, sus lecciones de civismo engrandecen más la valía de aquellos pensadores y adalides que apuraron la letal cicuta y se engalanaron con punzantes guirnaldas.

UN PERIODISTA NACIONAL

El nombre de Sixto Juan Ballén es simpático y recomendable en los fastos del ilustrado periodismo guayaquileño. Es el fundador del primer diario "La Ilustración", que aunque pasó fugazmente, como un meteoro, no por esto deja de representar culto programa infundidor de ideas.

En el laborioso puerto ecuatoriano— que puso empeño por la difusión del liberalismo y de la educación popular—, citaríamos con orgullo diarios como "Los Andes", "El Diario de Avisos", "La Nación" y "El Grito del Pueblo" que honran a cualquier país, por cultura que decante.

Dejamos atrás tantos voceros intelectuales como "El Grito del Pueblo Ecuatoriano", "El Ecuatoriano", etc, porque nuestra intención no es bosquejar su reseña. Tan sólo brevemente diremos que «El Telégrafo» es decano del diarismo de Guayaquil. A la sazón sus representantes, cultos y cosmopolitas son «El Universo», «La «Prensa» y «La Opinión Pública».

Ardientemente trabajó por el triunfo de las ideas liberales "El Tiempo" del infortunado periodista don Luciano Coral, que cayó inocentemente envuelto en la tragedia, para probar que la idea tiene mártires.

No podríamos omitir nombres de periodistas como Pedro Carbo, Pacífico Arboleda, Ricardo Cornejo, Miguel Valverde, Federico Proaño y tantos otros que ago-

taron su talento en infatigables campañas civilizadoras

De esta hercúlea talla es el periodista José Antonio Campos.

En medio siglo de esgrimir la pluma en diferentes diarios guayaquileños, ha sacado triunfal muchas veces su campaña de razones, sostenida con galanura y tenue ironía.

Si la palabra ha de ser contestada con la palabra, el que vence en la pacífica brega ha de ser el que mayor número de razones aduce. Sólo así es posible la lucha, sólo así la polémica no redundará en baja riña, sólo así triunfa la lógica, y la verdad acaba por llevar su convencimiento a los que dudan.

En la vida democrática de un país, mortifica todo aquello que apartándose del sereno campo de la dialéctica y de la argumentación clara y honrada, se concreta a lanzar maldiciones e insultos contra quienes no piensan de igual manera o siguen distinto camino:

En el periodismo, en la cátedra, en la tribuna política, en la curul parlamentaria, en el púlpito, en donde quiera que se hable al pueblo y que se prepare un discurso para las multitudes, ha de imperar la lógica y la prueba razonable que demuestre el error o señale otro sendero, cuando se lo crea torcido el del adversario.

Mientras así no se proceda, la república será un

campo de Agramante en el que nadie se entienda y acaben todos por tirarse los trastos a la cabeza.

Pasaron los tiempos en los que por la prensa se charlaba hasta por los codos, mortificando al prójimo e hiriéndole sin motivo, personificando los asuntos y derrochando burlas y alfilerazos únicamente por levantar escándalo y conseguir que el periódico fuese más solicitado por la fiebre de las charlas en que se descueraba a los individuos, para tener el feroz contento de reírse a costilla ajena.

Hoy la cultura y el razonamiento se han impuesto en el diarismo. La batalla es de ideas, por decirlo así, matemáticamente demostrada, en un terreno de reflexiones y debates llenos de pulcritud y apoyados en la evidencia.

Causa pésimo efecto que los rudos ataques se hagan de modo sistemático, sin probar nada, sin rectificar, sin discutir, sin razonar. Sería manifestación de barbarie disparar saetas en todo sentido, por el único crimen de creer de distinta manera o no pensar en armonía con el adversario, con el representante de doctrinas opuestas y de pensamientos distintos que se apartan de las corrientes de inconsciencia o de las populares.

Dejemos que cada cual obre de acuerdo con su fe, sin que pretenda invadir solar ajeno o se convierta en prosélito furibundo que todo lo atropella, que nada respeta.

La contienda ha de ser con los que nos entiendan, decía el viejo refrán español, para aludir a la hidalguía que supone el combate espiritual con enemigos honrados y decentes, capaces de ceder tan luego como la argumentación resulte meridiana y se palpe el engaño.

Pero el "palo de ciego", de donde quiera que se le esgrima, nunca ha convencido ni menos ha inclinado a la persuasión a nadie. Todo lo contrario, ha prevenido los ánimos, alimentando rencores, ahondando la desilusión. Pésima la táctica del que no reconoce alguna bondad en el enemigo y solamente trata de aplastarlo, de pulverizarlo, sin reparar en la clase de armas que pone en juego.

Campaña de razones requieren las colectividades para no volver ingrata la vida social, ha dicho el señor Campos, sirviéndose para tan generosa táctica del cuento nacional, de la moraleja aplicada a los cuadros de costumbres y los errores políticos.

Ha pensado, sin duda, que no han de volver los tiempos funestos en que la intolerancia aconsejaba procedimientos inquisitoriales para los contrincantes, motejándoles de herejes, cuando menos, porque no comulgaban en unas mismas creencias.

Campos ha comprobado que ya no se usan los apaparamientos espirituales. Este siglo ha hecho guerra a todos los monopolios.

En 1930 el insigne periodista Campos fue víctima del incendio de su casa. Con este motivo, en Guayaquil se desarrolló espontáneo y simpático movimiento social en favor del damnificado. Tuvo resonancia en otras ciudades del Ecuador, confirmando la idea de que la cultura de los pueblos se reconoce por el acatamiento a sus hombres ilustres que han espiritualizado la vida, que la han enriquecido con sugerencias, que con ingeniosos relatos de crítica social han vuelto amenas las horas, que han tomado lecciones de la experiencia, que han puesto un poco de humorismo en la estéril prosa cotidiana.

Entonces escribimos unas frases de adhesión a Campos. Más o menos, dijimos lo siguiente:

«Han desaparecido valiosos objetos de arte, papéles dignos de estima, quizá borradores de otras regocijadas obras del genial "Jackthe Ripper", seudónimo con el que ha combatido, desde la prensa, por la cultura ecuatoriana y la educación popular. * /

Si las traidoras llamas han abrazado una mansión de respeto, que interesaba visitar a propios y extraños, el fuego del cariño nacional se ha de hacer ostensible por medio de práctico homenaje al que por tantos años esgrimió su pluma, que nunca fue dardo emponzoñado, sino fino y elegante alfiler satírico que causaba ligero escozor en la epidermis, al par que provocaba franca risa, como

el de una cosquilla saludable. Jamás se valió del insulto como otros escritores de corte anticuado que debieron su fama a la hazaña de mortificar al prójimo, a la polvareda del escándalo, por causa de sus arremetidas feroces, a la bárbara alegría que nos tienta reírnos del pobre individuo que se cae en la calle y se abre la cabeza de un tropezón

José Antonio Campos es ágil, pulcro en sus escritos, en los que campea suave ironía, en los que el chiste de buen gusto manejado con primorosa soltura da al diálogo. reflejador de las costumbres del pueblo, singular encanto. Su literatura es sana y provechosa, comprensible para todos como el agua limpia. No pertenece a academias ni círculos estrechos. No ha sido honrado con nombramientos que tienden al monopolio intelectual. Independiente, aislado, ha erguido su cabeza, con la conciencia de sus méritos que no mendigaron ingresar a corporaciones que abaratan el lustre y se convierten en sociedades de mutuo apoyo y bombo recíproco.

En todo tiempo serán leídos sus amenos y bien intencionados capítulos de moral deleitable, que se guardan en «Rayos Catódicos» y «Fuegos Fatuos»; en los cien cuentos sabrosos de gusto nacional, que describen nuestras cosas, el propio solar, para deducir gráficas lecciones. La desgracia que súbitamente ha sobrevenido al epigramá-

tico escritor, al periodista fluído y espontáneo, al literato de inconfundible estilo no puede pasar inadvertida en una república que está aprendiendo a estimar a sus hombres de valía, ajenos a las recomendaciones de los grupitos megalómanos que transforman sus intereses creados en férreas y acaparadoras cadenas que aprisionan sólo a los dilectos camaradas, a los socios afortunados».

Campos comprende el valor ingente de la pluma. Con sus artículos ha comprobado que si se tratare de recontar cuánto ha realizado la pluma en América en orden a las conquistas del progreso y la libertad, multiplicaría los ejemplos, poniendo en la cima el valor y la pujanza de escritores que en unidad de acción se destacaron como políticos insignes y conductores de pueblos.

En Guayaquil la prensa ilustrada, que tanto desarrollo ha tenido en lo que va del siglo vigésimo, contó con plumas sobresalientes, figurando quizá en primera línea en estas últimas décadas la de Campos.

En cada nación citaríamos a grandes hombres de recia lucha intelectual y política, que fueron al mismo tiempo varones de pluma en ristre, dispuestos a las batallas sociales y republicanas.

Claro que la profesión de escritor tiene sus categorías y que no siempre la pluma ha sido civilizadora y arma noble para los combates de la redención humana.

Pero si en la historia del continente se siguen las huellas de los grandes estadistas y gobernantes, se verá que, salvo contadas excepciones, fueron, al mismo tiempo, ciudadanos que con su pluma conquistaron la simpatía del pueblo.

Es digno de anotarse que libertadores y educadores de las naciones esgrimieron con facilidad la pluma, como Bolívar, Martí, Sarmiento, Alberdi, Rocafuerte, García Moreno, Roosevelt, Wilson, Mitre, etc.

¿Podrían negarse las conquistas civilizadoras que coronaron Montalvo, con su pluma, lo mismo que González Prada, Rodó, Blanco - Fombona, Uribe, Ugarte, F. García Calderón. Arguedas, Rojas Garrido, Vasconcelos y cien adalides de la idea?

Un escritor ecuatoriano, en medio de su cautivador humorismo y de los gracejos de que hacía gala, nos ponderó los bienes y los males de la pluma, acordándose sin duda de la fábula esópica de las excelencias y deméritos de la lengua.

Pero en la balanza de la pluma en América, hemos de reconocer que desde sus precursores como Espejo, Nariño, Miranda, Camilo Henríquez, etc., la pluma abrió los horizontes de la independencia.

Si plumas envenenadas han destilado hiel y han desgarrado honras, sin detenerse, arrebatadas por ciega charla, a medir el crimen que entraña la profanación del

hogar con la calumnia, en cambio ótras, luminosas y reledes, han despertado el civismo nacional, consiguiendo que despunte la aurora de la libertad y que los pueblos se despierten, con la conciencia de sus deberes y el sentimiento de sus derechos.

Los maldicientes casi ya no abren con el insulto brecha social. Ahora es bisturí formidable que burla burlando practica disecciones, la saeta sutil que vuela y penetra hasta los últimos rincones de la risa; una risa gigantesca a lo Rabelais, a lo Cervantes, a lo Montalvo. Con el ridículo se obtienen triunfos resonantes y se destierran a las más atrevidas caballerías andantes. Lo grave es que para este género, de talla homérica, se requiere genio.

Esparcir la gracia alada, la ironía, la burla ingeniosa, como la sal de los hogares y el entretenimiento de la colectividad, es obra gigantesca,

Nos sugestionan el chiste que viene a golpear alegremente en el alcázar de las almas, curándonos de la murria y el aburrimiento; nos desalienta y entristece la grosería vulgar que confina con la mala crianza.

Campos es Presidente del Círculo de la Prensa en Guayaquil. Cultiva relaciones cordiales con cronistas y reporteros de dicho puerto. Se ha mostrado fervoroso por el establecimiento de «el día del periodista».

No nos corresponde a nosotros, modestos y leales soldados de la prensa, que diariamente, pluma en mano, estamos como centinelas de la civilización para librar las batallas de cultura, siempre firmes y en nuestro puesto de avanzada, formular el pensamiento de que ha de celebrarse, un día del año, el homenaje al periodista ecuatoriano.

Nosotros, en estas líneas, únicamente recogemos los ecos de lo que está efectuándose en otras naciones de América, donde es bella realidad la conmemoración del aniversario del periodista. En Venezuela, por ejemplo, desde hace dos años, se ha celebrado «el día del periodista».

El proyecto corresponde al escritor Bernardo Angel que, desde la ciudad de Nueva York, inició el homenaje.

He aquí cómo ha ampliado su plan: «El día del periodista, como yo lo entiendo, dice el Director de la Internacional Aereonews, es el día en que los lectores de la comunidad, aquéllos que tantos goces han experimentado durante el año, mediante los esfuerzos y las luchas de otros, que ellos jamás pueden apreciar ni comprender en su justo valor, se unen— se unen sin miramientos políticos, religiosos ni de índole alguna— a impulsar la labor de los hombres de su prensa, a hacerles más llevadera su

cruz, a convencerlos de que todo no ha sido en vano, que se les reconoce, se les aprecia y se les ama. Es ese también el día en que todos los periodistas de todas las agrupaciones políticas se dan la mano».

No queremos hacer hincapié en el asunto, ni menos reproducir los admirables párrafos de Bernardo Angel lanzados al rededor del tema por él propuesto.

Sólo nos servimos de la oportunidad para reconocer que en el Ecuador ha habido periodistas de inmensa talla y de noble combate. Bastaría citar a Espejo, el precursor, a Vicente Solano, el enciclopedista de la prensa, y a Montalvo, el artista del verbo, que con sus folletos que periódicamente aparecían llamó la atención del Nuevo Mundo, para que el periodismo quede ensalzado.

A esto habría que añadir una falange de luchadores que como don Juan Murillo y don Leonidas Pallares Arteta, echaron las bases del diario moderno. Dentro del ejército de gladiadores, los ha habido maldicientes y charlatanes, cuyo único ideal era alborotar el cotarro, sacrificando honras, amistades y consecuencia, pero esta clase de granujas del periodismo ya han desaparecido por fortuna. Innegable es que fueron favorecidos por la naturaleza con envidiable talento; pero lo desperdiciaron en campañas personalistas. Junto con este intelectual tesoro, agotaron su vida en los vicios. La audacia y la im-

punidad les protegieron. Blindados así, esgrimían insultos y calumnias, conquistándose la voluntad popular.

En el día, el periodista nacional es muy otro: es un educador que empieza por disciplinarse a sí mismo; respeta las ideas y creencias ajenas, odia la calumnia y huye de los términos descomedidos. Su campaña es de cultura, dentro de la cual los miramientos del caballero constituyen su sagrado lema. Si la sustancia les es digna de acatamiento, no lo es menos la forma, a fin de expresarse con pureza, propiedad y precisión, en una palabra, en castellano.

A la información cotidiana une la enseñanza, el rasgo ilustrativo, el comentario mesurado, la comprobación de los hechos, la tendencia a no herir ni mostrarse intolerante e implacable.

Preocupado del problema social, da entrada en su corazón a las ideas más humanitarias y a las empresas redentoras.

Considera que siendo la vida triste de suyo, es cruel amargarla más con el dicerio y las campañas iracundas, que demuelen en vez de construir, que separan en lugar de unir, que siembran rencores en vez de cultivar amor y armonía.

El año 1915, en colaboración con el doctor Modesto Chávez Franco, publicó don José Antonio Campos «El

Lector Ecuatoriano», en algunos tomitos, dedicado a la Municipalidad de Guayaquil, la que ordenó que en los talleres tipográficos del Concejo se editaran diez mil ejemplares, señalando la mitad a beneficio de los autores. La productiva obra se destinó a las escuelas primarias. Sus autores decían que aunque el libro era «una de las grandes pequeñeces» venía a llenar un vacío en la escuela. Reconocía que la prensa había contribuido notablemente a levantar el nivel intelectual del pueblo, despertando en él la sed de saber. El pensamiento de los iniciadores de la empresa era acostumbrar al niño «a familiarizarse con lo propio», según lo expresaba en su carta —prologó el doctor Alfredo Baquerizo Moreno. De propia cosecha los autores habían puesto cortos artículos, amoldados a la inteligencia infantil, sobre variadas materias.

Conozco los siguientes libros, todos del mismo carácter satírico y regocijado de don José Antonio Campos:

“Rayos Catódicos” y “Fuegos Fatuos” (1911).

“Cosas de mi tierra”.—Humoradas de la vida cívica y de la vida rústica (1929).

“Cuentos Alegres”.— Proyecciones cómicas de la vida culta y de la vida rústica. (Guayaquil. Imprenta Mercantil).

Se advierte que se hizo ésta en dichos talleres a

solicitud de algunos amigos y turistas que visitan los balnearios, con el fin de «entretener las veladas de invierno en aquellos lugares de culto esparcimiento».

Comienza por describir a las familias que van a invernar. Pasan no pocos contratiempos. Se parten a veces en busca de salud y regresan enfermas y más debilitados todavía los bolsillos. Es pintoresco presenciar los preparativos del viaje y los olvidos en que incurren.

Los artículos de Campos dibujan las costumbres de las clases sociales, singularmente del pueblo, como acontece con el relato de la fiesta popular de San Pedro y san Pablo, en la que acudimos al bárbaro entretenimiento de la decapitación de gallos. Estas pobres aves están enterradas en el suelo y sólo queda la cabeza a flor de tierra. Se venda a un muchacho y se le arma con un machete afilado. En su radio de acción, describiendo círculos, procura hallar a su víctima, entre las risotadas y aplausos de la muchedumbre, para cercenarla el cuello.

Ha sido el precursor en el examen del alma del montuvio, si bien burla burlando y alegremente, con mucho de optimismo y poco de dolor aparente.

Cada artículo, a cual más regocijado, aprovecha alguna oportunidad política para dar gráfica lección al pueblo y reprender comedidamente a gobernantes y legisladores. En vísperas de entrar en vigencia la Ley de Ma-

trimonio Civil, publicó un sabroso cuento, muy intencionado. Lo mismo cuando llega la noticia de que la peste bubónica se acercaba a costas ecuatorianas, pues ya se hallaba en Tumbes. A la Junta de Sanidad, que nada hacía, aplicó la narración aquélla del individuo que debía ocurrir apuradamente por una medicina y se demoró en buscar las espuelas hasta que el moribundo dio con su cuerpo en el sepulcro. Se reía, en donosos párrafos, del prurito de las recetas y medicinas caseras. He aquí la muestra: "La infusión de cucarachas es buena para la pulmonía, la manteca de gavilán es lo que hay para las hemorroides, la cresta del gallo masticada es un específico maravilloso para la dentición, etc." Repetía que el Gobierno es el único que se saca la lotería sin tomar número y el único también que hace milagros, "resucita a los muertos inscritos en los registros parroquiales para que voten en las elecciones".

Tratándose de candidaturas presidenciales, traía a cuento la ocurrencia de Fray Melchor que guardaba su pavo para presentarlo guisado al Guardián vencedor. A los que viven del tesoro comparaba con los marsupiales, "ejemplares gordos, lozanos y contentos que desfilan a la Tesorería de Hacienda". Picante y alusivo su artículo sobre la libertad electoral en China.

Sería inacabable citar las más ingeniosas aplicacio-

nes a nuestra política y a la manera de conducirse de sus mangoneadores

Tratándose, en setiembre de 1936, del día de gala para el diario «El Universo», en el que es redactor en jefe, recibió resonante homenaje nacional por su medio siglo de honrada y persuasiva labor de prensa, que convirtió en cátedra.

Sus composiciones cortas y de miga han recorrido el continente.

Bastaría citar «El Congreso del Olimpo», modelo de gracia, de picaresca intención y de espíritu satírico, para que la risa acuda a los labios y se vea, como en bruñido espejo, lo que suele acontecer en las cámaras legislativas ecuatorianas, en las que se desperdician las horas en largas discusiones sobre asuntos insignificantes, desdeñando la sustancia y entreteniéndose en lo baladí y de poca miga. Leyendo Júpiter Tonante un resumen de las sesiones de los congresos olímpicos, se rascó la cabeza con desagrado y les espetó a los circunstantes reprimenda majestuosa y sermón que dejaría honda huella en la celeste historia. «La verdad es— les increpó— que no hacemos nada de provecho. Todo el orbe está lleno de grandes necesidades, que reclaman una atención y una labor digna de los dioses, y se pierde el tiempo en futilidades de ínfima cuantía. El Congreso del Olimpo

es, pues, lo mismo que los congresos que se celebran en la Tierra».— Así dijo Júpiter, lanzó un haz de rayos y centellas, y no hubo más congresos en la celeste mansión de los inmortales».

¿Se quiere más gracia, más ironía, más belleza en estos sencillos cuentos? Así se distinguen muchos de José Antonio Campos, que han sido aplaudidos en los periódicos en que aparecieron, nacionales y extranjeros.

Cualidades del insigne periodista liberal que le destacan en terreno tan delicado y difícil: su honradez ideológica, su limpieza y espontaneidad de lenguaje, su mesura para no herir ni valerse del insulto, su anhelo por saber y preguntar sutilmente, para darse cuenta de las necesidades del pueblo y de las campañas que ha de seguir por la prensa.

En medio de todo, brillan su modestia y las lecciones morales que deduce, hasta de lo mínimo al parecer, que para él se transforma en gran problema, como aquellas «pequeñas grandes cosas» de las *doloras* y otras composiciones, hermosas y filosóficas, del ilustre Campaamor.

Esto nos trae a la memoria una anécdota de Humboldt, que fue insigne y admirado huésped de Quito. Un periodista ha referido que «al comienzo del siglo pasado llegó a México el sabio Barón de Humboldt. Humboldt

era el nuevo descubridor de la América, el hombre llamado a revelar, con luz propia, las magnificencias del mundo de Colón. El Gobierno de México extendió al sabio alemán una credencial para que pudiera visitar el interior del país y recibir de las autoridades todo el apoyo a que tenía derecho

Y fue así como Humboldt llegó a un apartado rincón de México, donde el jefe local quiso atenderlo como mejor sabía. Pero he aquí que recorriendo el remoto poblado, Humboldt hacía una serie tal de preguntas, que el indio, perdida la paciencia, no tuvo empacho de volverse y decirle: «¡Achís! ¿Y no viene usted con una carta que dice que es un sabio? ¡Y todo tiene que preguntarlo para saber!— Humboldt no perdió la calma y respondió:— Precisamente por esto, porque pregunto, es que puedo llegar a sabio»

Así acontece con el periodismo, y esto le sucede al magnífico Campos, que todo lo pregunta y todo lo examina para entrar en el alma de las multitudes.

A su santa curiosidad, une otras prendas que ponen de relieve la bondad de su corazón, ajena a la doblez, justiciera en sus actitudes, moralizadora y honrada, virtudes que convierten a la prensa— como ya hemos afirmado— en cátedra, que corrige sonriendo, con la espiritual alegría de los que ejercitan el bien intelectual.

tual y soportan con catoniano valor las amarguras de la vida.

El periodista Campos se alza triunfador sobre el formidable baluarte de la prensa, desde el que esgrime armas nobles, francas, luminosas.

El señor Campos, en el Gobierno del Dr. Tamayo, recibió la condecoración al Mérito, de primera clase, el 20 de agosto de 1922.

Compañero de periodistas célebres, fue amigo del fecundo Nicolás Augusto González, si bien esta experta pluma pasó muy pocos años en su patria, pues la inquietud de su temperamento le alejó a España, a la Argentina, a Lima donde escribió abundantemente, a la América Central, etc.

A Calle prodigó consejos, insinuándole modificara su manía agresiva.

Otro de sus amigos don Carlos Alberto Flores, que ha dedicado a faenas del periodismo casi toda su vida, desde su temprana juventud, desde cuando en Quito fue representante del memorable «El Grito del Pueblo». En Guayaquil, especialmente en «El Telégrafo», ha figurado por lustros de lustros. No ha sido extraño a las agitadas labores de cátedra. Sus actos cívicos se han distinguido por la justicia que ha tributado a los hombres conspícuos de la patria y el fervor con que ha tomado varias ini-

ciativas de carácter social y filantrópico.

Campos ha sido franco partidario de las ideas sinceras.

Cuentan que Marco Novato, hermano mayor del filósofo Séneca, cuando escuchó las acusaciones de Sorthe-ne, afamado rabino de la Sinagoga de Corinto, contra el gran Pablo de Tarso, declaró sin lugar el pleito, porque era tiempo perdido el de la recriminación por ideas. Hay que advertir que Novato, que había tomado el nombre de Gallón, era muy culto y erudito romano y había desempeñado el cargo de procónsul en Corinto.

Intransigencia contra las ideas, venenoso fruto de ignorancia y fanatismo.

Causó risa el sabio francés Millet, no obstante su ciencia, cuando intentó destruir la reputación de las abejas laboriosas que secretan miel. Desde Aristóteles, desde Virgilio, las abejas, como las ideas, han gozado de buena reputación. Díganlo Lubbock, Maeterlinck, Buffon, Fabre. Ha sostenido Millet que «la abeja es una criatura torpe y mecánica que no se da cuenta de que fecunda las flores al transponer en sus patas el polen; que ni siquiera sabe cuáles son las flores productoras de miel y sólo piensa en extraer el azúcar, sin parar mientes en la belleza de las corolas».

Así sucede con las calumniadas ideas, acumulado-

ras de la miel de la civilización, atesoradoras de riquezas. Realizan su misión sin que nada les importe la burla. Si no se dan clara cuenta de ese beneficio los pueblos y son combatidas por los nuevos Millets, ¿qué adelanta el progreso?

De todos los jardines, de todos los floridos campamentos, de todas las rosas y claveles brota la idea como néctar deleitable. ¿Quién osará unificar el pensamiento y decretar que el almíbar se beba en el cáliz de una sola flor?

Tal antojo no es sincero. Ser sincero, decir las cosas franca y honradamente, según los categóricos dictados de la conciencia, acredita a las personas de bien, que curaron las enfermedades del carácter.

En América, sobre todo en los países revoltosos y de pereza mental, ya no conviene, en materia de sinceridad, tratar de las mentiras convencionales de nuestra civilización, llamadas así por el crítico Max-Nordau, porque algunas pueden ser actos piadosos, aprobaciones sin trascendencia, brotes que atenúan la crudeza de ciertos castigos a la vanidad. Urge estudiar psicologías más altas, que orienten la cultura popular, le sanen de fanatismos, le eduquen, le tracen normas políticas. Está la juventud en el leal deber de conducirse siempre sinceramente, con recto criterio. La sinceridad se inclina ante

las maneras urbanas para sonreír, o, cuando menos para callar, si va en ello grave renuncio a la íntima convicción.

Otra sinceridad ha de escribirse en la cultura americana: sinceridad en ciencia, en arte, en política: toque de altivez y de justicia para formar corrientes de opinión, dictámenes seguros. Si el censor no es sincero, sus observaciones se asemejarán a las monedas falsas, que circulan en cualquier mercado, hasta que la ley les comisa, castigando al timador temerario.

Monstruosidades se alaban como si fuesen hermosuras helénicas, porque no hay valor para delatarlas como crímenes contra la estética. Cuentan que el célebre escultor yanqui Rhys Carpenter, miembro de la Academia Norteamericana, de Roma, descubrió, después de prolijos estudios, el nombre del autor de la estatua del «pugilista», uno de los más aplaudidos recuerdos de la antigüedad clásica. La imperceptible firma había estado grabada en las pinzas que sujetan el guante a la mano del púgil. Logró al fin leer que decía: Apolonio el Nestorida. Gracias a Carpenter, que en 1924 fijó el punto de la costa española donde estuvo situada la ciudad helénica de Hymeroskopion, el arte romano ha podido conocer al ateniense burilador del «Pugilista»

Así la sinceridad, como la del periodista Campos, hace valiosas revelaciones, descubre tesoros y da a cada

cual su merecido.

Ideas sinceras, evangelio de los libres. Hipocresía, manzana del Mar Muerto. Contiene la ceniza de la simulación. Confesión de fe, escala del suplicio. El martirologio de los Cristos lanza enseñanzas aún desde la cruz. Martí, apóstol. Su verbo fue de fuego y sincero. Montalvo, batallador, no usó eufemismos.

Estas líneas ingenuas promulgan, una vez más, la sinceridad del viejo periodista.

Sus contemporáneos, por medio de la Municipalidad de Guayaquil, representante del pueblo, han perpetuado el nombre de Campos al signar con él, en Enero de 1937, una calle del puerto, la antigua Zaruma.

F I N



INDICE

	<u>Páginas</u>
En torno de la prensa nacional	3
En torno del Periodismo— Normas éticas.....	8
" " —El verdadero periodista	11
" " —Claridad y sinceridad.....	13
" " —La filosofía del anuncio.....	19
" " —El cronista modelo.....	22
" " —Propaganda cívica	25
" " —Unidad de acción.....	26
" " —Los intérpretes de la naturaleza..	28
" " —Escuela del periodismo.....	29
El Periodismo Nacional—Visión de Conjunto.....	31
" " —Periodismo de escándalo.....	34
" " —El hábito de la lectura.....	38
" " —Ecuanimidad. Perseverancia....	40
" " —La sana alegría.....	45
" " —Sinceridad periodística.....	49
" " —Libertad de ideas, corrección de procedimientos	51
" " —Educación de la exactitud... ..	54
" " —Populares normas educativas....	56
Reseña del periodismo en Quito.— Su evolución y sus luchas— Ojeada hasta el año 1906.....	61
El Eco del Azuay	106
Centenario de «El Quiteño Libre» (12 de Mayo de 1933).....	113
Un Periodista Nacional— (Dn. José A. Campos) ..	121

ALGUNAS OBRAS DE ALEJANDRO ANDRADE COELLO

- La Ley del Progreso.*— Casa Editora de Juan I. Gálvez. Quito, 1909
- Vergas Vila* (Ojeada crítica de sus obras).— Imprenta del diario Ecuador.— 1912.
- Las Brumas de Antonio C. Toledo.*— Talleres del diario «El Comercio», 1913
- Algunas ideas acerca de educación.*— 2ª ed.— Imprenta Municipal, 1915
- Rodó* — 4ª ed.— Imp. y Enc. Nacionales.— 1917
- El Ecuador Intelectual.*— Córdova (Argentina) — Imprenta de Bautista Cubas, 1919.
- Tres poetas de la música.*— Imprenta de la Universidad Central.— Quito, 1921.
- La Condesa Emilia Pardo Bazán.*— Imprenta y Encuadernación Nacionales.— 1922.
- Juana de Ibarbourou.*— Imp. Nacional.— Quito, 1921
- Educación del Hogar.*— Imp. «Editorial».— Quito, 1923
- Motivos Nacionales.*— (2 tms) — Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios.— 1927.
- Pinceladas de la tierra* — Ensayo de novela.— Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios.— 1928.
- Centenarios y Milenarios.*— Edición del Ministerio de Educación.— 1931.
- Eloy Alfaro.*— (Epinicio biográfico).— Talleres tipográficos Nacionales.— 1934.
- Nociones de Literatura General* 4ª ed. — Quito.— 1933.
- El ocaso de los conquistadores.*— Imp. Municipal.— 1934
- Quiteños Auténticos.*— Imp. Municipal.— 1934.
- Recuerdos de Quito* — La Tola— Impreso por Néstor Romero— Quito, 1934.
- Del Quito Antiguo* — Imp. y Encuad. "Ecuador"—1935
- A través de los Libros* Imp. y Encuad. "Ecuador"—1935
- Los Genios*— Imp. y Encuad. "Ecuador".— 1935.
- El Libro del Maestro— Ruta de la escuela.*— Imprenta y Encuadernación "Ecuador".—1936
- Manuel J. Calle.*— (*Orientaciones Periodísticas.*).— Imprenta y Encuadernación "Ecuador".— 1936.